

LAS CABEZAS OLMECAS EN EL IMAGINARIO UNIVERSAL

Daniel Schávelzon



EA EDICIONES ACADEMIA EA

Ediciones Academia

Danielschav@gmail.com

Cuba 3965-A, Buenos Aires (1429), Argentina

Primera edición: Julio 2024 (Texto de 2023)

ISBN 978-631-00-4335-7



Schávelzon, Daniel

Las cabezas olmecas en el imaginario universal / Daniel

Schávelzon. - 1ª ed. ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires: Daniel Schávelzon, 2024.

Libro digital, DOC

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-00-4335-7

1. Arqueología. I. Título.

CDD 930.109

“Ningún ser humano es una isla,
y ningún autor escribe a solas”.

Mary H. Clark, 1995.

“Cuán poco sabemos sobre éste período en
relación a todo lo que se ha publicado, e
incluso aceptado como hechos concretos”.

R. Demarest, 1989.

Foto de la portada: Mural en el palacio municipal de
San Andrés Tuxtla, México, pintado en 1971 por
Teodoro Cano García y colaboradores.

Texto basado en la conferencia dictada en el *Ilo*.
Festival Cumbre Olmeca, Veracruz, 2023, organizada
por la Secretaría de Turismo de México, San Andrés
Tuxtla.

Índice

| | |
|--|-----|
| Presentación, por Eduardo Matos Moctezuma | 5 |
| Resumen | 9 |
| Para comenzar | 10 |
| Cuando lo olmeca no era lo Olmeca | 23 |
| Lo olmeca y el México moderno | 35 |
| La <i>cultura madre</i> de Mesoamérica | 51 |
| Mathew Stirling y el imaginario colectivo | 72 |
| La arqueología nomodifica el imaginario | 82 |
| El cánón del arte Occidental y los olmecas | 97 |
| Las fotografías de Richard Steward | 106 |
| ¿Casualidades americanas? | 113 |
| El imaginario concretado | 120 |
| Un final para una larga historia | 124 |
| Bibliografía | 129 |

Presentación

Nada resulta más apasionante que transitar por la historia de la arqueología y de sus efectos, llevados por la mano de quien bien conoce sus entresijos. Daniel Schávelzon parte de una conferencia sobre los olmecas de la Costa del Golfo de México para presentarnos, en este libro, una visión del devenir histórico-arqueológico no sólo del imaginario sobre los olmecas sino que podemos extenderlo a todo el mundo mesoamericano. E incluso se lo amplía a otras latitudes con buen conocimiento y mejor intelecto. Para ello acude al imaginario colectivo, el que se constituye de los saberes y creencias que las culturas establecen para explicar algunos acontecimientos del pasado y con ello consolidar su identidad.

Schávelzon siempre se ha distinguido por la profundidad que imprime a sus trabajos de investigación. El libro que hoy prologamos es muestra relevante de lo que afirmo. En él, se demuestra el conocimiento de todo aquello relacionado con la cultura olmeca y sus repercusiones en la arqueología mexicana. Pero va más allá: lo “olmeca” se constituye en un eje ideológico que permea en el pensamiento del México moderno. Nos explica el porqué las esculturas del pasado, producto de la creación de diversos pueblos prehispánicos, no llegan todas igualmente al público amplio. Pese a que todas tienen contenidos ancestrales, las monumentales cabezas olmecas que aparentan ser

realistas, poseen ese posible individualismo que impacta ante los ojos de quienes encuentran en ellas un mensaje inmediato, natural, que refleja una realidad extraña al mundo prehispánico.

El imaginario colectivo es el punto de arranque que permite explicar aquellas expresiones que pueden cobrar sentidos diferentes a los arqueológicos y en quienes observan los monumentos y obras del pasado. El imaginario colectivo, nos dice Daniel, se construye independientemente de la ciencia. Si bien la arqueología nos da, en base al rigor científico y con el apoyo de múltiples disciplinas, toda una serie de datos que permiten reconstruir partes del pasado. Y así, pese a conocer con bastante certeza los procesos de desarrollo social, el imaginario colectivo puede encontrar significados y dar explicaciones diferentes, que no necesariamente se apegan a los criterios académicos. A veces aferradas a concepciones ya superadas pero que igualmente son mantenidas. Así, la arqueología científica aporta y explica, pero no siempre impacta al imaginario, el que sigue su propio camino. Y tiene razón. Por eso explorarlo es también una tarea importante para entender el pasado y más aun, al presente.

La importancia de las palabras escritas en este libro es que hablan por sí solas. Nos permiten vivir experiencias que van desde el hallazgo de la primera gran cabeza olmeca hasta el impacto que los hallazgos arqueológicos tuvieron y tienen en la población mexicana y de todo el mundo, tanto la de aquella época como en la actual. Hay que agradecer a Daniel este viaje

al pasado por medio de la arqueología y sus protagonistas que a lo largo de muchos años han logrado, con dedicación y empeño, aseverando, dudando y polemizando, escudriñar en ese pasado para traerlo al presente donde se reconstruye cada día.

Demos vuelta a la página y comencemos a adentrarnos en los arcanos de lo que fue y lo que aún pervive. Esto es, simplemente, conocernos a nosotros mismos por medio de esa moderna máquina del tiempo que es la arqueología.

Eduardo Matos Moctezuma
México, 20-6-2024

Resumen

El imaginario colectivo es el conjunto de saberes y creencias que las sociedades construyen para explicar ciertos hechos de su pasado, de su memoria, o de su presente, y así consolidar su identidad. Por lo general se basan en conocimientos tanto académicos como ficciones, seleccionadas, las que no se actualizan o raramente cambian. Es imprescindible para consolidar a los grupos humanos, incluso las naciones. Proponemos que el imaginario sobre los olmecas se ha construido en base a las cabezas colosales y al sitio de La Venta, a partir de las publicaciones de las primeras excavaciones y hallazgos hechos en el siglo XIX. A ello se sumó el impacto mundial de los artículos de Mathew Stirling con las fotografías de Richard Steward, publicados desde 1939 a 1949, y la Mesa Redonda de Antropología de 1942 que cerró el imaginario hasta la actualidad.

Abstract

The imaginary collective is the set of knowledge and beliefs that societies build to explain certain events from their past and present and consolidate their identity. They are generally based on both academic knowledge and fiction, selected up to a certain date. We propose that the imaginary about the Olmecs has been constructed based in the colossal heads, the site of La Venta, the publications of the first excavations and findings in the 19th century, added to the global impact of Mathew Stirling's papers with Richard Steward's photographs published from 1939 to 1949, and the Anthropology Round Table of 1942 which closed the imaginary to the present day.

Para comenzar

Sylvanus Morley, notable mayista, escribió hace años que “los mayas fueron los griegos de América”, y la frase fue famosa y en mucho ayudó para que Occidente aceptara el arte de esa cultura en el panteón universal. Lo interesante es pensar si alguna vez a Morley se le ocurrió lo inverso, que *los griegos fueron los mayas de Europa*. Y si lo pensó ¿se hubiera animado a decirlo?

Construir la historia, averiguar lo que ha hecho el ser humano desde que tiene conciencia de sí mismo ha sido uno de los grandes logros de la humanidad. Estamos conociendo desde cuándo estamos en cada sitio, cómo nos hemos organizado socialmente, el porqué de nuestras semejanzas y diferencias de pensamiento, de comportamiento, de nuestras culturas pasadas y presentes. Cuándo comenzó la aventura de poblar la tierra, cómo se logró sobrevivir y adaptarse o cambiar o introducir los cambios necesarios. La construcción de la Historia con mayúscula ha sido uno de los mayores logros de los habitantes de este planeta. Unos hacen su historia con mitos, con leyendas, con creencias, otros con datos considerados científicos que si fueran verdades absolutas no cambiarían de manera constante. Unos la transmiten oralmente, otros la registran y archivan, la mayoría la selecciona antes de guardarla o usarla, incluso hay y hubo quien la reescribió cuando le convino. Pero no importa el cómo, si no que todos los pueblos se han lanzado en su momento a

investigar con curiosidad quiénes son y desde cuándo, y más allá de eso, para qué estamos aquí. Y nos lo preguntamos el porqué ya que si llegaran a esta reunión Sócrates, Newton o Alejandro Magno, se asombrarían de la tecnología de la que disponemos pero las grandes preguntas que nos hacemos son las mismas que se hicieron ellos y seguramente también los olmecas: la vida, la muerte, el amor, la belleza, el poder, el arte, el odio. En explicar eso no hemos avanzado.

Los olmecas son un fragmento de la reconstrucción del pasado que ha hecho México, un pasado que se ha escrito desde algún presente, el que es y ha sido, obviamente, el de quien escribe. O para ser más complejo, de los diferentes presentes de los muchos que aportaron a esa historia. Somos nosotros mismos los que hacemos el pasado. Porque si no, no existe.

Vamos a tratar de entender cómo, cuándo y de qué manera lo llamado Olmeca entró en la cultura mexicana, en el imaginario nacional y luego en el universal (si es que el orden no fue a la inversa). El imaginario es ese conjunto conglomerado de conocimientos y fantasías que tiene el común de las personas, lo que los chavos/as aprenden en el colegio, lo que el mundo conoce al margen de los especialistas, lo que penetró en las historias de los libros de divulgación y en los medios de comunicación quedándose para siempre. Lo que se repite una y otra vez. Si la ciencia cambia rápidamente, el imaginario es estático, o casi; una vez establecido difícilmente se modifique. Eso le da validez a las siguientes preguntas: ¿de dónde surge y cómo se conforma ese imaginario? ¿Cuándo y cómo se

selecciona qué sí y qué no debemos recordar? ¿Qué es parte de la memoria de todos y qué es lo de algunos?

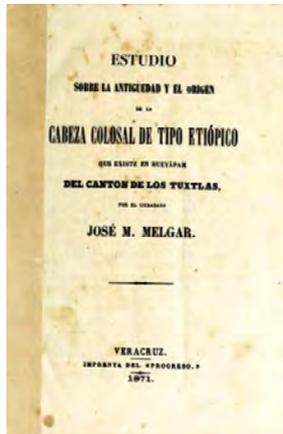
Finalmente nos preguntamos, ¿porqué las cabezas colosales *son y representan* a los olmecas cuando fueron una expresión local, de poca duración, nada representativa del arte de esa cultura y sin difusión hacia otros lugares? ¿Y si su origen no fuera regional sino lejano, aunque recibido y desarrollado? ¿Y si en lugar de ser la glorificación de algunas personas fuesen el horror de cabezas degolladas de perdedores de algo (el juego de pelota, el reinado; la típica cabeza-trofeo americana)? ¿Y si dieran terror y no glorificación? Hasta hoy nadie ha demostrado su significado, todo es hipótesis.

Entendemos al imaginario como el conjunto de datos, símbolos y creencias que una comunidad acepta como verdaderos, indiscutibles, estables y demostrados. Y que al aceptarlos conforman su identidad, su comunidad, a la que refuerza en un todo homogéneo. En este caso se trata de un pasado local que pasó a ser de todos los mexicanos y no sólo de quienes descienden de ese pueblo originario. Así como México –política mediante-, es representado ante el mundo como *azteca*, los olmecas fueron presentados como los generadores de toda la historia precolombina.

Para ser un país moderno, una *nación* en la concepción que se tenía en el siglo XIX, era necesario tener una historia común, compartida, que unificara, aunque fuera mítica o el resultado de una construcción hecha de retazos y de selecciones que se adaptaran a las necesidades sociales. Y eso era y es con independencia

de lo que la academia diga o compruebe o cambie constantemente. El imaginario es un patrimonio común compartido, en realidad es *el patrimonio*. Otros lo llaman mentalidad de la época, cosmovisión, conciencia colectiva e incluso ideología. Es lo que todos conocemos sin ser especialistas o al menos lo que creemos que sabemos. Está formado por ese conjunto de objetos altamente simbólicos producto de una arqueología que pasó de ser estudios de materialidades a ser una herencia identificatoria, a ser el resultado de *ese* pasado.

Podemos verlo en los procesos que han llevado a generar una reconstrucción de identidades entre los grupos populares que posiblemente nada tenga que ver con las antiguas, que las desconocemos: bailar, tocar instrumentos, hacer ofrendas, quemar copal; pintar murales, vestirse como tehuanas o como Hollywood, o crear música con supuestos toques originarios. Diego Rivera y Frida Khalo son quizás los mejores ejemplos.

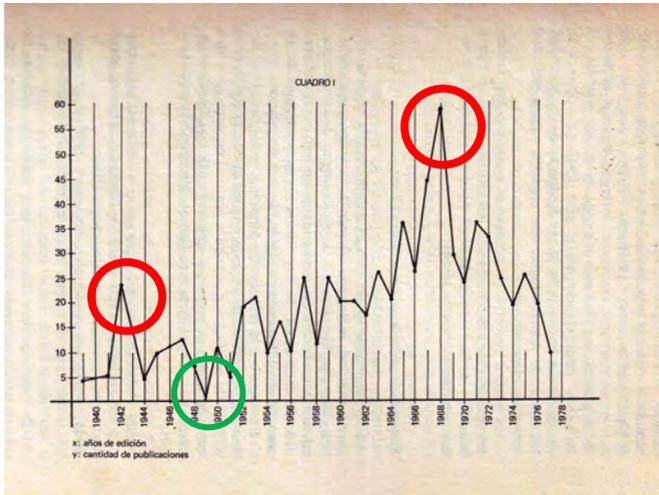


Primera imagen de una cabeza olmeca. Hallada por Francisco Melgar en Tres Zapotes y publicada en 1867 en base a una perdida fotografía de 1862.

Ese imaginario se formó entre la época de los primeros exploradores (1860-1900) y los intensos

sucesos históricos y arqueológicos ocurridos en México entre 1939 y 1955; es decir, desde cuando se inició el conocimiento del tema hasta el momento en que comenzó a saberse algo con seriedad. Fueron los años que colmaron gran parte de las expectativas para crear ese mundo mezcla de realidad y ficción que quedaría grabado el presente.

Se lo ve en la cantidad de publicaciones (académicas o de divulgación seria) que sobre el tema hubo cada año porque creemos que eso es representativo de las expectativas y el interés que los olmecas generaron. Y si vemos un cuadro con esos datos resalta el que durante el año 1942 hubo un marcado incremento y coincide precisamente con el momento cuando se planteó la desmedida posibilidad de la existencia de un *imperio olmeca*, y hecha nada menos que por el director del INAH creado poco tiempo antes. Luego se produjo una caída abrupta hasta que en el año 1949 simplemente no hubo ningún texto publicado. ¿Qué pasó? Lo iremos viendo. Siguió el remontar de las publicaciones hasta llegar al año 1968 en que se llegó al máximo, hecho coincidente con la publicación del libro “El mundo olmeca” de Ignacio Bernal (en dos idiomas), el similar en inglés de Michael Coe (“America's First Civilization”) y la edición de una importante conferencia internacional hecha en Dumbarton Oaks, todo simultáneamente.



Cuadro que indica la cantidad de publicaciones académicas que se hicieron, por año, sobre los olmecas. Se destaca el primer aumento en 1942, el mayor en 1968 y la bajada a cero de 1949 (De: Gutiérrez Solana y Schávelzon 1980, cuadro I).

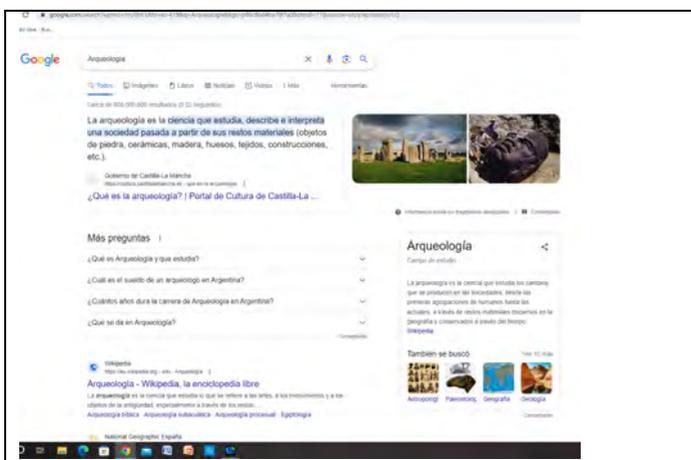
¿Fue casualidad que la difusión de la idea de la existencia de un *imperio* e incluso de un *mundo* olmeca haya coincidido con los años de mayor cantidad de publicaciones? ¿Fue el resultado de ese impulso o fue lo que lo provocó? ¿Era una coincidencia fortuita que el nuevo director del INAH, Ignacio Bernal, publicara su libro junto con el de Coe y las conferencias en Dumbarton Oaks?, ¿y que eso sucediera en paralelo con la masacre de Tlatelolco y con la crisis que la generó? Nos preguntamos si hay relaciones entre la historia de la arqueología olmeca, la política nacional y los cambios en la identidad popular por la modernización.

No resulta fácil adentrarse con los olmecas porque sobre ellos se ha escrito mucho, inclusive desde

antes de ser definidos y de entender quiénes eran (si es que alguna vez se los ha comprendido). Parecería, para el lego, que ya casi todo está escrito y es verdad que no nos da la vida para leer lo que se ha publicado. Pero a la vez los especialistas o interesados vemos que sabemos muy poco, que apenas arañamos el pasado y que cada día surgen nuevos descubrimientos, ideas, posibilidades que se abren y se aventuran nuevos caminos. Ya hay editadas media docena de historias de la arqueología olmeca, en la tradición de que a veces es más fácil hablar que excavar, como sería el caso de este mismo estudio. Pero la proliferación de historias puede ser muestra de que no hay conformidad con lo sabido. Al revisar el pasado resulta que pese a todo lo hecho, si bien sabemos mucho a la vez entendemos poco: hubo y hay deducciones, suposiciones, incluso aseveraciones sin mucho fundamento, justificaciones interesadas, hasta fantasías de extrañas y milenarias civilizaciones desaparecidas; incluso extraterrestres.

La historia ha sido una de las mayores construcciones del ser humano en su aventura sobre la tierra, y este caso es un excelente ejemplo. Es a la vez una aventura porque si entramos a Google en Internet y buscamos la palabra “olmeca” hay nada menos que 3.000.000 de páginas web. En inglés hay más de 4.000.000 (ya que incluye a la palabra anterior) y nos da muestras de la significación a escala mundial del tema. Si escribimos en Internet “cabeza colosal” hay 200.000 respuestas. Pero si lo escrito es “olmecas + extraterrestres” hay 600.000 páginas, lo que es un 15% del total. ¿El 15% de las personas creen que los olmecas

vinieron del espacio exterior? Si hacemos lo mismo con los aztecas la diferencia es grande: de 17.000.000 de páginas web se pasa a sólo 800.000 sobre la posibilidad de que fueron extraterrestres, es decir que lo cree sólo el 6%, y con los mayas un 7% hace esa relación. ¿Los olmecas son más extraterrestres que los mayas? Internet es representativo del imaginario y no del conocimiento.



El imaginario universal de lo que es la arqueología: *Wikipedia* la ejemplifica con fotos de Stonehenge y una cabeza olmeca durante la excavación de Mathew Stirling.

¿Qué quiere decir ésto? La verdad es que no lo sé, quizás un sociólogo lo pueda explicar bien. Lo que sí sabemos es que el imaginario colectivo se construye con bastante independencia de la ciencia, lo hace sólo con información anticuada y seleccionada, con la que es más digerible para una persona normal, un trabajador manual, para un alumno/a o su maestra/o. Y que para

que eso se imponga ha sido fundamental lo que dijeron y mostraron los medios de comunicación durante un siglo. No sólo la ciencia construye interpretaciones del pasado, todos los días y de manera paralela se generan circuitos de difusión y reelaboración de la información alrededor de la academia. Y veremos que esos datos que desataron la construcción imaginaria se inician desde el descubrimiento de la primera cabeza en Hueyapan (Tres Zapotes) y se conforma en los años anteriores a 1950.

El cierre, al menos es nuestra hipótesis, fueron los primeros años de los trabajos arqueológicos, de la investigación de campo, hasta que se pusieron demasiado técnicos para el común de los ciudadanos a partir de 1950-55. Eso fue suficiente para colmar las expectativas sociales sobre esa nueva cultura, para crear un imaginario que quedaría fijo. Y es algo que la arqueología debería tomar en consideración. La arqueología construye identidad y nacionalismo, lo sabemos, este ha sido otro caso.

El mantenimiento en el imaginario de conocimientos atrasados y que han permanecido inmutables no parece casual, sea por su resiliencia o por su incorporación por los medios de comunicación. De lo que no hay duda es que el inicio del conocimiento de lo olmeca fue parte de la construcción de la identidad nacional. Tanto a escala del país como de sus localidades. El descubrimiento de lo olmeca se produjo en los años que fueron desde la invasión francesa hasta Porfirio Díaz, tiempos de la homogenización del pasado de México –los olmecas serán los generadores de *todas* las culturas de Mesoamérica-, años que ratificaron el

poder político y económico centralizado. Eran estudios hechos -en su enorme mayoría- por extranjeros, lo que le daba la internacionalidad validante exigida para pertenecer al mundo moderno (es decir, europeo y de Estados Unidos). Era lo suficientemente lejano y exótico de la actualidad de su época tal como lo exigía la historia que se descubría en el mundo Occidental. Para pertenecer al universo *moderno*, hablamos de tiempos de Porfirio Díaz, era necesario desvincular todo *resabio* del pasado del nuevo presente que se auguraba (y que nunca llegó). Todo lo que ayudara a separar al indio vivo del antiguo era bienvenido.

No casualmente los primeros objetos olmecas que aparecieron, que fueron identificados y a los que se les puso un nombre propio -es decir que fueron connotados como algo nuevo y diferente-, son los que llegaron a los museos del exterior antes de 1900.

Hablar del imaginario colectivo es adentrarse en un tema de las ciencias sociales en extremo complejo y cuya definición no podemos discutir aquí. Es un concepto elaborado por Edgard Morin y Cornelius Castoriadis en la década de 1960, que implica un conjunto de historias, imágenes, mitos y símbolos que construye explicaciones, justificaciones y relatos, los que toda sociedad necesita para conformar su identidad. Para pertenecer hay que compartir esa mitología común. Explica la realidad y sirve para explicarse a uno mismo como individuo y como conjunto. Se forma con hechos reales e imaginados, pueden ser incluso resultados de investigaciones científicas que tengan validez o que hayan quedado caducas.



Los olmecas instalados en el imaginario colectivo como las cabezas monolíticas. Mathew Stirling midiendo la de Tres Zapotes en 1939 –como si nunca hubiera estado enterrada-, pintado en el mural de la Biblioteca Pública de San Andrés Tuxtla de 1971, y en la foto de 1939 de Richard Steward.



Las cabezas como símbolos del Nuevo México: sello de correo circulado desde 1950 y en una fotografía de Ferdinand Anton de 1969; Stirling pasó a ser un mexicano con sombrero, la cabeza salió de su hoyo para subir al pedestal, donde ya no estaba al lado de un gringo sino de un campesino con machete.

El imaginario colectivo no está opuesto a la realidad, no es una mentira. Por el contrario, es una realidad imaginada, construida y sostenida por necesidad de supervivencia, el que juega un papel positivo en la vida real. Desde el amor hasta la religión, o la nacionalidad, la patria, la libertad, son conceptos que nos satisfacen en un universo imaginado. Se va a la guerra, se combate y se muere por esas ideas. Se opone a la razón pura pero no a la ciencia, aunque no se lo puede demostrar en el laboratorio porque funciona paralelo a ello. Si no existiera, la humanidad no podría funcionar en base a sociedades porque el imaginario es su aglutinante. Es una enorme red psíquica no establecida por nadie y a la vez por todos, en que hoy en día los medios de comunicación tienen un papel fundamental. Captura hechos reales y fantasiosos, los entrecruza y queda establecido para siempre. Y la arqueología ha sido una fuente infinita de relatos y objetos para los imaginarios en todo el mundo.



La cabeza de Hueyapan en 1940: foto de Richard Stewart para el equipo de Mathew Stirling, ejemplo de la realidad de su estado de abandono; los bordes del pozo indican que había sido excavada poco antes (Ver foto pag. 41), (National Geographic Society).

Cuando lo olmeca no era lo Olmeca

Largamente se ha escrito sobre el descubrimiento de los olmecas. ¿Descubrimiento?, si los habitantes locales siempre conocieron lo que había en sus tierras, ellos eran ellos mismos desde siempre y son quienes llevaron a los primeros occidentales a ver esos objetos, o se los vendieron, o regalaron, o una vez resignificados los mantuvieron en altares. Para los cronistas, los olmecas eran un pueblo jamás desaparecido que vivía en la región y en el Veracruz de hoy, el que es en gran parte de esos antiguos y modernos habitantes. Lo que hubo fue una época de la cultura local, una de las más antiguas, la que pasó a ser de un mundo más grande y con el tiempo a ser parte de la cultura universal.

Quien primero diera a conocer un hacha olmeca de jadeíta con excelentes grabados -describiendo la llegada y recepción de un dignatario hacia el siglo IV aC., lo que nadie sabía en ese momento-, fue el geólogo español residente en México, Andrés M. del Río, en su libro de peculiar nombre: *Elementos de orictognosia*. Describió un hacha olmeca la que por suerte se la obsequió a su compañero de estudios, Alexander von Humboldt, quien la publicó en 1810. Pero incluso con él pasó desapercibida al haberla colocado entre dos imágenes de la impactante Coatlicue; el que estuviera invertida era algo que nadie sabía.

México se acercaba a la Independencia y desde que el abate Clavijero publicó sus libros junto con otros jesuitas que reivindicaban el pasado lejano para atacar a

España, el mundo prehispánico iba tomando un lugar en la historia mexicana. La población precolonial ya no era vista como compuesta de indígenas sólo útiles para la explotación sino que empezaban a ser reconocidos como portadores de una antigua e importante cultura.

Así como la bibliografía ha entendido que la arqueología científica y el americanismo de su tiempo nacieron durante la invasión de Maximiliano de Austria, no parece casual que la primera cabeza colosal haya sido descubierta en 1862 en Hueyapan. Como siempre sucede, un campesino llevó a un curioso empresario e ingeniero veracruzano, coleccionista de antigüedades, José María Melgar y Serrano, a ver una cabeza de enormes dimensiones que habían encontrado en sus tierras hacia 1850; la que excavó a su alrededor para saber lo que era. Melgar no la descubrió, la dio a conocer y eso es mucho. Debíó excavar un poco más a su alrededor para liberarla parcialmente y poder fotografiarla. Llevaría medio siglo para que alguien volviera a excavarla, pero igualmente siguió abandonada y volvió a cubrirse una y otra vez. Para verla completa se demoró más de un siglo lo que nos indica que mucho interés no generaba.

Melgar publicó una primera versión de su texto describiéndola sin imágenes ya que el grabado no pudo hacerse en 1867 (las fechas de las dos ediciones que hizo en revistas es de dos años más tarde). La que lo iba a hacer en origen, el *Semanario ilustrado*, no pudo poner el grabado por falta de un litógrafo, por lo que el *Boletín de geografía y estadística* finalmente imprimió la imagen, la que pudo ser vista a partir de 1871. Su

primera interpretación fue que representaba un “tipo etíope”, africano y de piel negra, y Melgar se extendió en el texto para demostrarlo.

¿Qué hacía Melgar en los Tuxtlas? Hay poca información sobre este ingeniero, quien trabajando en la zona compraba antigüedades. ¿Lo hizo también con la cabeza monumental pese a que obviamente era inamovible? Era lo habitual en la época y es complejo decir ahora que eran saqueadores cuando no existía la arqueología como ciencia y era la manera en que los museos del mundo, incluso el de México, lograban objetos para exhibir.

En Veracruz, Melgar se encontró con otro interesado en las antigüedades, el doctor Jean-Baptiste Fuzier, otro miembro de la Comisión Científica Francesa. Ese notable médico guardaba dibujos y tomaba fotos de los objetos que él coleccionaba o que le mostraban. La de él es la primera fotografía de una copia reducida de la cabeza, hecha en madera, no del original. También la dibujó con bastante detalle y calidad, con un fuerte tono cobrizo para darle más fuerza a la idea de su origen en África.

Si en sus dos primeras publicaciones sólo pudo incluir un grabado –no había otra forma de hacerlo–, nos preguntamos porque después no publicó la fotografía. Si murió hacia 1885 hubiera podido hacerlo; resulta extraño dada la importancia que tuvo para él.

Hubo una casualidad más, de esas que la historia tiene ejemplos: Melgar, después de hacer sus dos publicaciones hizo un peculiar artículo en el que analizaba una medalla metálica encontrada en Palenque.

Lo que ahora pensamos que era un objeto religioso colonial pero que lo interpretó como “El huevo cosmogónico”, como el mito del origen de la humanidad. Nada menos, y por eso pensamos que andaba pensando en términos de encontrar el inicio de la civilización, o más aun del hombre mismo, el principio de todo. Quizás el tema del origen de las culturas mexicanas estaba rondando en su mente, y la colosal cabeza se podía acercar a eso, podía servir para ser *el inicio*, para encontrar el *eslabón perdido*, fuese lo que fuera, incluso si había llegado desde África. Es una interpretación forzada de mi parte, pero quizás Melgar tenía en su imaginación lo que casi un siglo más tarde se llegó a atribuir *científicamente* a los olmecas: ser la cultura primigenia, la madre de todos, ese origen tan buscado.

Hay aquí un interrogante menor: Melgar no sabía si la cabeza continuaba hacia abajo ya que no hay datos de que la haya excavado totalmente: verla completa y darla vuelta era imposible. Las fotos posteriores siempre la muestran excavada parcialmente en su lado frontal y hasta la mitad nada más. Podría ser evidencia de esa duda el que en el grabado la colocó sobre una plataforma inexistente. Y si bien después fue excavada parcialmente de nuevo para tomarle fotografías, en 1922 y en 1930, y seguramente otras veces más de las que no tenemos registro, la pregunta la resolvió Mathew Stirling en 1939, es decir 117 años más tarde, porque aun estaba preocupado de que realmente fuera una estatua completa.



La cabeza colosal de José M. Melgar tal como fue reproducida en una talla en madera pintada de color negro por Fuzier, y publicada por Alfredo Chavero en 1884 (Foto de Taladoire 2010).

Melgar no era el único en esas lides iniciales ya que en 1865 el coleccionista Henry Christy había entregado al Museo Británico un hacha olmeca con cejas flamígeras. Eran de los primeros objetos que sumaban a una idea difusa, una que no resultaba simple *inventar* (ellos dirían seguramente *descubrir*): el origen

del mundo prehispánico. De a poco las evidencias que se usarían para demostrar la presencia de una cultura inicial se irían sumando.



La primera hacha olmeca publicada en 1884 en la primera edición del libro de Alfredo Chavero, y su estado actual en el Museo del Indio Americano en Nueva York, iniciando la asociación entre cabezas y hachas.

En 1881 otro interesado en estos temas, P. J. J. Valentini, publicó un texto titulado *Olmecas y toltecas*. En él planteó que la historia del mundo prehispánico era la secuencia temporal de dos grandes grupos, los olmecas primero, a los que indicaba como originarios de Veracruz, y los toltecas después. Sin base alguna que lo sustentara estaba construyendo una secuencia cultural, Darwin por medio. Su estudio se centraba en dos *chalchihuites*, uno de los cuales era el Hacha Humboldt y el otra la Placa de Leyden asociándolos por primera vez. Habían sido dejadas de lado otras evidencias, como las mascararas y los primeros objetos que habían viajado a Europa desde el siglo XVI. Esos objetos no habían sido entendidos como evidencias del pasado sino como

tesoros del presente y por eso fueron incluidos en obras de arte para la realeza que solo buscaba lo exótico. Para ese momento los objetos que se encontraban se habían transformado en antiguos, en piezas de colección para museos y no solamente en exóticos regalos para las Cámaras Reales. La Placa había sido publicada en 1878 por Carl Leemans y enviada al Museo Nacional de Etnología de Holanda porque los anticuarios le daban especial importancia al jade. Además llamaba la atención lo que tenía inscripciones ilegibles. Además de que ese material, el jade, permitía unir la placa con ese obsesivo origen asiático o africano. Pero si Chavero relacionó una cabeza con un hacha –aunque no con la placa-, bien podía Valentini hacerlo con dos jadeítas similares con glifos y así ir sumando al conjunto. Por años se supuso que el jade y las piedras semipreciosas llegaron desde muy lejos, de Asia, porque no sabían que lo había local. Para esa época ese no era un problema ya que aceptaban el difusionismo, por lo que era lógico y normal que llegara desde allí. Lo notable fue que Valentini asoció a los que llamaba olmecas con el origen del mundo prehispánico, basado en las hachas de jade y su incomprendida escritura (imposible suponer que lo escrito fuese posterior al objeto). No se podía decir mucho más, pero era un paso adelante en la construcción de lo olmeca. Interesante resultaba que aunque se empezara a vislumbrar que sí había mineral de jade en México, la polémica de su origen siguió hasta cerca de 1930.

En ese momento otro objeto conexo apareció en escena: una pequeña máscara de jadeíta publicada por

Marshall Saville, quien aseveró que había sido expuesta en 1879 aunque pasando desapercibida. Saville trabajaba en el Museo del Indio Americano y conocía bien México en donde excavó y viajó intensamente. Sobre esto publicó dos artículos sustantivos en la determinación del conjunto de objetos que definirían lo olmeca. Se le ocurrió en el año 1900 reunir todas las “hachas votivas” –nótese que les daba una función religiosa-, y entre eso y otro texto que hizo en 1929 identificó las imágenes de esas tallas con un tigre (luego, mucho después, sería un jaguar). Lo consideraba el elemento central de la iconografía del conjunto, en donde veía máscaras y no rostros y lo entendía como una convención consensuada.

INDIAN NOTES

VOTIVE AXES FROM ANCIENT MEXICO

MARSHALL H. SAVILLE

In a paper in *Indian Notes* for July, 1928, the writer treated of a certain class of ceremonial axes from western Mexico, based primarily on material in this Museum. In that brief study no mention was made of another much rarer type of votive ax from ancient Mexico, which type will be considered now in view of the acquisition of an interesting example included in a small but splendid collection of unique Mexican antiquities purchased last year by the Director in Switzerland. We shall endeavor to throw some light on the peculiar significance of these ax heads.

Many years ago the writer published an illustrated description of a remarkable votive ax of jadeite in the American Museum of Natural History, New York.¹ It had been previously described by Dr. George F. Kunz, but without illustration. This splendid specimen (fig. 83) is nearly 11 inches in length; its color is light grayish-green with a tinge of blue and with streaks of an almost emerald-green on the back. It is the largest

¹ See the references at the end of the article.

[266]

INDIAN NOTES



FIG. 83.—Votive ax of jadeite from Mexico. Length, 10 7/16 in. (American Museum of Natural History)

[267]

Publicación de Marshall Saville del año 1900 en que unificó todas las llamadas hachas para interpretarlas como una simbiosis entre un hombre y un jaguar.

Si ponemos en contexto histórico estos hallazgos no parece que haya sido una casualidad que el primer objeto difundido (el hacha Humboldt) coincidiera con la etapa en la que se conformó la identidad mexicana en la búsqueda de la Independencia, cuyo desencadenante silencioso fue Humboldt. Tampoco parecería casual que, más tarde, varios de los más importantes objetos olmecas se hayan descubierto y circulado durante la invasión francesa de Maximiliano de Austria (entre ellos la cabeza colosal), que fueron los años en que surgió el Americanismo.

Tanta importancia tomaron esos objetos que los grandes museos del mundo comenzaron a comprarlos o aceptarlos en sus donaciones. Fuzier y Melgar vendieron objetos aunque Melgar no pudo hacerlo con la cabeza y por suerte. Entre lo ido al exterior podemos recordar que en 1876 había una figurilla donada al Palazzo Madama en Turín, al igual que un pectoral y un hacha entregados en 1878 al Trocadero. Dijimos que si bien mucho antes llegaron a Europa objetos olmecas, no fueron tomados como ejemplos de antigüedad sino como rarezas exóticas y conservadas como tales.



Figurilla de jadeíta llevada al Palazzo Madama en Turín en el año 1876, uno de los primeros objetos olmecas reconocidos como pieza arqueológica (Palazzo Madama, catálogo online).

Un objeto que pasó desapercibido para edificar el universo de lo olmeca y que había sido descubierto en esos años, fue el punzón con un glifo que entregó la viuda de Edgard Thornton al Museo Británico en 1907. Había sido el embajador en México en un momento temprano para estos temas, entre 1845 y 1851, por lo que sería el objeto olmeca más antiguo de los que fueron a museos. Lo dio a conocer Thomas Joyce en 1912 aunque nadie entendía para qué era, los autosacrificios de las élites gobernantes eran impensables, aunque la ceremonia del autosacrificio la mostraba un dintel de Yaxchilán llevado por Alfred Maudslay a ese mismo museo.



Punzón para autosacrificios llevada al Museo Británico cuando aun no se comprendía la función para la cual fueron hechos, encontrado hacia 1850 (British Museum Collection).

Y tengo una última pregunta si hablamos de esta época: ¿por qué Leopoldo Batres, pese a la importancia internacional que tomaba este tema, dejó de lado la zona del Golfo en sus recorridos y excavaciones? Es cierto que nadie podía ocuparse de todo lo que hay en México, que algo o mucho debía soslayarse. Pero ¿dejar de lado la cabeza de Hueyapan? Creo que debió ser parte de los conflictos que tenía con el Museo Nacional y que ese territorio era concebido como de los que estudiaba Francisco Del Paso y Troncoso o de Jesús Galindo y Villa. Ellos se interesaban más por Cempoala o El Tajín. Si Batres hubiera ido a la zona, si se hubiera involucrado como lo hizo con Teotihuacán, Xochicalco o Mitla, ¿lo olmeca hubiera tenido mayor importancia y hubiera habido más hallazgos o excavaciones tempranas? Es cierto que esa es una pregunta contrafáctica, que no tiene respuesta, salvo tratar de entender cómo se delimitaban las zonas de estudio en

función de cuestiones de personalidad o luchas de poder individuales e institucionales.

Mientras vemos la relación entre los primeros viajeros, los curiosos compradores de antigüedades, los coleccionistas de segunda generación, los museos y los muchos hallazgos casuales, podemos preguntarnos qué pasaba en el resto del mundo. Y si bien las cosas podían ser diferentes, la mayoría de los países no superaban en mucho el mundo amateur local. En Europa se excavaba Pompeya con métodos no demasiado honrosos y quizás no tan diferentes a los usados en Teotihuacán por la Misión francesa y su brazo local con García Cubas y sus rudimentos stratigráficos. Boucher de Perthes encontraba en Francia los primeros instrumentos tallados que presentaban evidencias de una gran antigüedad, Egipto era la cuna del saqueo internacional a la vez que sólo los primeros excavadores, como Máspero y Petrie comenzaban a trabajar con orden y método, y se estudiaba Roma y Atenas. Lentamente se iba definiendo la arqueología como forma de investigar el pasado, tratando de que las cosas se hicieran cada vez en forma más cuidadosa en el registro de la información y el control del trabajo. Al mismo tiempo Schliemann descubría Troya con más fantasía que realidad y Sir Arthur Evans rehacía los palacios de Creta para impactar al mundo e *inventar* el origen de Grecia. Terminaba una época y nacía otra, en México y en el mundo. Pero en todas partes lo más importante era encontrar el origen, el inicio, el *eslabón perdido*, el *Cráneo de Piltdown* americano; saber quiénes fueron los primeros. Por cierto que eso era y es un tema

fascinante si es que creemos en un origen, en un punto de partida. Era lo que opacaba otras cosas que quizás hubieran sido más significativas y factibles de comprobar.

Lo olmeca y el México Moderno

El gobierno de Porfirio Díaz sería el que retomaría los trabajos pioneros de los coleccionistas y viajeros y los transformaría en los estudios sistemáticos de esa nueva ciencia: el Americanismo, que es lo que se transformó en la arqueología de hoy. El impulso que Díaz le dio al Museo Nacional junto con la edición de sus *Anales*, al generar una nueva legislación patrimonial, al restaurar Teotihuacán, Mitla, Xochicalco y tantos otros sitios, crear la Inspección de Monumentos imitando a Francia, comenzar a participar en la organización de eventos nacionales e internacionales y enviar delegados, el establecer la Escuela Internacional de Arqueología que inició las secuencias estratigráficas y fue modelo de su tiempo, fue un verdadero cambio, un avance importante. Por supuesto que todo era para afianzar la imagen de un México moderno, europeizante, industrial, dinámico y más que nada uno en que el mundo indígena fuese algo antiguo, lejano, como en los países europeos. Cuanto más perdido en el tiempo era mejor, para poderse mostrar ante el mundo como un pueblo nuevo sin rémoras del pasado. Era construir una nueva identidad que se apoyaba sobre una historia de logros notables pero que ya no era la de antes, era otra, moderna. Tan moderna que estudiaba a sus lejanos antepasados; el indígena del presente ni siquiera era tomado en cuenta, desaparecía desdibujado en el relato arqueológico. La arqueología construiría el nacionalismo.

Díaz asumió en 1884 y ese mismo año salió publicado en una edición española-mexicana la colección *México a través de los siglos*, dirigida por Vicente Riva Palacio, la que muchos atribuirían como la primera edición a la del año 1887 que es cierto que fue la más difundida. En su primer tomo, escrito por Alfredo Chavero, fue en donde se publicaría y lograría amplia difusión la cabeza olmeca que había encontrado Melgar, junto con la espectacular hacha de piedra que hoy se encuentra en Nueva York. ¿Fue coincidencia el unir esos dos objetos y publicarlos en una construcción de la historia mexicana como totalidad, y en ese año tan significativo? La historia es implacable: Díaz asumió y en ese mismo momento se consolidaba la historia de México en una enorme colección de libros bien organizada y editada con lujos poco comunes. El hecho que esa edición fuese española mostraba que la historia mexicana era reconocida internacionalmente, y que uniendo todas sus partes –porque ya la historia tenía dos secciones, pre y poshispánica-, conformaba y consolidaba la imagen de una nueva nación ante el mundo. Una nación con una historia heroica, extensa en el tiempo, compleja, en la que lo indígena era exótico, incluso llegado de África o Asia como sucedía con la cabeza y el jade.

Chavero, basado en lo escrito por Melgar, había asociado ambos ejemplos –la cabeza y el hacha-, por su imagen considerada “felina”, como también lo haría Spinden. ¿Fue un acto de casualidad lo que lo llevó a ser el iniciador de una larga tradición?, ¿intuición de alguien que conocía del tema a través de lo poco

publicado?, ¿o por deducción inteligente? Pero quizás ahí quedó establecida la idea de que lo felino y lo olmeca se asociaban, y a la vez ambas cosas lo hacían con su región de proveniencia. Así nació la idea de asociar un conjunto de objetos de rasgos similares con los llamados olmecas. Aunque ese nombre era usado para los habitantes tardíos de la región, eso no era importante y fue quedando soslayado hasta olvidarlo. Quizás desde allí se iniciaría el definir lo olmeca como *un conjunto simbólico de rasgos potentes*. La única excepción fue la Placa de Leyden, que se publicó sin plantear ninguna relación con los otros objetos de jade conocidos.

¿Cómo y por qué llegó el hacha de piedra que publicó Chavero a Nueva York si ni siquiera se sabía quién o dónde se la había hecho o cuál era su importancia?, ¿y cómo la conoció? Sólo sabemos que estuvo en manos de un coleccionista europeo, Leo Stein (hermano de Getrude Stein, la marchand de los impresionistas y pre-modernos) y que eso debió ser no antes del año 1900 ya que había nacido en 1877. La poca definida ficha de registro del Museo del Indio Americano dice que había sido excavada “antes de 1880”. En 1928 le fue comprada por Thea Heye para donarla al museo que ella y su marido habían fundado. No hay duda que el escritor supo de su existencia antes de que se fuera de México.



Primera portada de la edición original de 1884 de *México a través de los siglos*, en que en el tomo I, Alfredo Chavero unió la cabeza de Tres Zapotes y un hacha de piedra en una desconocida cultura primigenia.

Alfredo Chavero no era un autor improvisado en las lides de estudiar el pasado. Fue parte de la élite porfirista y su actividad política y cultural se remonta a haber acompañado a Benito Juárez en su lucha, fue regente de la ciudad de México a los treinta años, había viajado a Europa y estaba en contacto con la intelectualidad nacional e internacional. No se preocupó demasiado –aunque sí lo suficiente– por lo arqueológico, ya que lo atraían los códices y las crónicas, y su libro sigue siendo usado como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Después del hacha publicada por Chavero fueron surgiendo otros objetos que hoy sabemos que son olmecas, y entre ellas hubo una obra magistral del arte: el Hacha Kunz encontrada en Oaxaca en 1890 y que la dio a conocer el geólogo George Kunz. Era perfecta para incrementar lo que ya iba siendo un conjunto de objetos con rasgos similares o que al menos estaban emparentados, esos que Saville uniera en su publicación de 1900.

En 1902 un agricultor encontró en La Mojarra una pequeña escultura conocida como la Estatuilla de Tuxtla, que fue publicada por William Holmes en 1907 cuando la llevaron a un museo en Estados Unidos. Y también tenía inscripciones de glifos que a todas luces eran mayas, como el hacha de Humboldt o la Placa de Leyden, lo que abría otro terreno a explorar: el parentesco que podían tener con las escrituras maya y zapoteca que se comenzaban a estudiar. Lo que podemos pensar ahora es que con objetos de esa calidad y significado por sus inscripciones, que ya eran vistas como predecesoras de la escritura maya, no se hayan estudiado sus contextos de origen. Hubo que esperar 118 años para que alguien averiguara lo sucedido en La Mojarra.

En 1892 se inauguró en Madrid una exposición en homenaje a Cristóbal Colón en la que México no sólo hizo un gran pabellón sino que envió decenas de objetos arqueológicos, auténticos y falsos. El director del Museo Nacional, Francisco del Paso y Troncoso, había hecho varios recorridos por el país e hizo excavaciones para juntar objetos para enviar a Madrid,

entre ellas realizó una primera temporada de excavación en La Venta y anduvo por la zona de los Tuxtlas. Y le fue bien ya que obtuvo más de trescientas piezas, las que no debieron ser ni muy pequeñas ni fragmentadas. Fue a fotografiar la cabeza colosal de Melgar que había pasado treinta años enterrada desde la primera foto perdida, y ésta también se extravió. Sus informes, muy detallados aunque sin imágenes, no describen claramente objetos olmecas lo que seguramente hubo y sería interesante saberlo. Lo notable fue su iniciativa de excavar en La Venta, no sabemos en qué lugares del sitio y porqué no reportó monumentos que estaban a la vista, salvo una estela no determinada. Esa falta de datos concretos llevó a que más tarde se le atribuyera a Blom el haber descubierto el sitio.

El olvidado Del Paso -¿olvidado por ser parte del Porfiriato, o por pelearse con Batres?-, dijo que en base a sus hallazgos:

“formé un nuevo grupo prehistórico que deben estudiar los sabios, y al cual he impuesto un nombre provisional, el de la extinguida raza Ulmeca”.

Su expedición por esa zona “duró apenas quince días” y era la segunda que hacía en la región, la que:

“efectuóse por los terrenos de la costa de sotavento del Estado de Veracruz, y en ella me acompañó D. Francisco Río de la Loza, auxiliar de nuestra Comisión, quien obtuvo reproducciones fotográficas de sitios notables. La cabeza colosal de Hueyapan, de tipo etiópico,

reproducida en esta expedición, parece demostrar que los indios llegaron á conocer algunos individuos de raza negra en los tiempos prehispánicos”.

Los sitios que enumera en sus informes son San Andrés Tuxtla, Hueyapan y Catemaco. Interesante es que atribuye la hechura de la cabeza colosal a “los indios”, los que retrataron a hombres llegados desde África.



La presentación internacional de los olmecas en la Exposición Colombina de 1892 en Madrid: Francisco del Paso y Troncoso llevó trescientos objetos de San Andrés Tuxtla, Catemaco y alrededores (Fotografía de la Biblioteca Nacional de España).

Los historiadores del tema le deben mucho a Del Paso y su trabajo pionero en La Venta, por reportar el

sitio, por excavarlo aunque no quedaran sus datos, y por conformar esa unidad o “grupo prehistórico” como lo llamaba. Lo consideraba “extinguido” como si fueran animales prehistóricos. Creo que casi nadie recordó esa excavación.

Desde ese momento y por los años siguientes los sitios olmecas quedaron olvidados porque los mayas pasaron a ser el gran atractivo para México y el mundo; los hallazgos en Honduras y Guatemala –Estados Unidos no pudo excavar en México, primero por líos con Leopoldo Batres, después hasta que se reestablecieron relaciones diplomáticas-, eran lo que mas impactaba. ¿Quién, en el mundo, podía no quedar impactado con las estelas de Quiriguá, o con los altares de Copán y su restaurada Escalera Jeorglífica?

Entre los pocos visitantes expertos que llegaron hasta la zona, estuvo el matrimonio Seler en 1915, quienes vieron varias esculturas y se fotografiaron junto a la cabeza de Melgar. Parecería que ese denominado “grupo prehistórico” de Troncoso, el ya llamado olmeca, no era tema de gran interés pese a la posibilidad de ser el primer grupo cultural de México según coincidían varios autores. Aun lo estético prevalecía sobre la croinología. Hay quien cree que actuó en su demérito la supuesta proveniencia africana que le habían dado Melgar, Chavero y Del Paso –o asiática, si era por los objetos de jade-, lo que contradecía al naciente nacionalismo buscado por el Estado. Luego, los años iniciales de la Revolución Mexicana no fueron propicios porque los intereses culturales se unificaron en el altiplano y en consolidar la centralidad del nuevo

poder uniendo a todo el país en un hecho fundante. Por eso Teotihuacan y Tenochtitlán fueron tomando renombre, primero con Leopoldo Batres en el porfiriato, luego con Francisco Rodríguez con Madero, y finalmente con Manuel Gamio como imagen de la Revolución en la cultura.

En la década siguiente, poco después del primer auge de Teotihuacán y con la salida de Gamio –acusado de corrupto pero nunca demostrado-, el gran protagonista fue el mundo maya. El primer estudio hecho con el propósito de restablecer relaciones culturales con Estados Unidos fue el de Cuiculco por Byron Cummings. Por eso –gringo entrometido le dijeron-, fue maltratado por los jóvenes locales y en especial por Ignacio Marquina, que dijo de él calumnias repetidas por un siglo. Cosa que hizo con quienes podían hacerle sombra, algunos tuvieron que salir del país y el caso extremo fue el de Francisco Díaz de Bonilla quien llegó a trabajar en Chile y Argentina. Pero logrado el acuerdo diplomático, el Yucatán se transformó en una zona de estudio casi exclusiva de Estados Unidos con el acuerdo Gamio-Morley para denigrar a Batres definitivamente, tal como cuenta Morley en su diario. El centro del país quedaría para mexicanos y quizás George Vaillant y sus excelentes relaciones personales. Y así lo fue hasta 1928 en que los investigadores mexicanos fueron tomando un papel cada vez más relevante. Yucatán sería el atractivo del país, la meca de los investigadores del exterior y lo que colmaría los libros de arte y arqueología en el mundo, lo que llevaría turistas a raudales.

Los mayas habían entrado en el panteón universal del Arte Primitivo, también llamado Exótico. En cambio Teotihuacán, pese a su magnificencia, era una gigantesca incógnita por su arte mesurado, hierático, muy poco comprendido. Los olmecas estaban olvidados, Monte Albán comenzaría como la contraposición al Yucatán, como el gran proyecto de Alfonso Caso y luego del INAH.

Hubo una notable excepción en el Golfo y los olmecas: dos inquietos viajeros, uno de ellos luego dedicado a los mayas, que hicieron un recorrido en 1925 y lo publicaron en dos tomos. Eran Frans Blom y Oliver la Farge y a ellos les debemos el haber descubierto y dado a conocer muchas esculturas en especial en La Venta, aunque asumían que todo era maya. No aceptaban, o no conocían, que se hubiera establecido otra entidad a la cual atribuir esa cultura tan desarrollada. De allí destacaron algunas cabezas colosales y la necesidad de compararlas con la de Melgar. Y entre las esculturas estaba el ídolo de San Martín Pajapan descubierto por el topógrafo Ismael Loya en 1897, que al moverla para usarla como límite de tierras le quebró las manos. Vieron el Altar 4 de La Venta, monumental, que desde 1905 Policarpio Valenzuela, un hombre que explotaba madera en la zona, había intentado moverlo con maquinaria y terminó dejándolo en una zanja. Pero llevó otra a Blasillo junto con la que está en una escuela de Villahermosa. En la región ya había un movimiento de objetos grandes en un proceso que llevaría a rescatarlos, dándoles nuevo contenido desde las comunidades. Pero lo vendible fue

lo que tuvo rápida circulación, y los pueblos locales lo vieron como una posibilidad económica, la que era su primera necesidad. No había estudiosos que se preocuparan del tema.

En una reseña hecha al libro de Blom y La Farge, Hermann Beyer en 1927 denominó a esas esculturas “ídolos olmecas”, re-inaugurando la vieja asociación entre estilo y grupo étnico, que era también lo que había hecho Del Paso. Con él se deslindó a este conjunto de la cultura maya y quedó grabado el nombre de olmecas asociado a esos objetos de peculiar fisonomía. Es posible que él haya sido el primero en hablar de una posible “civilización” y quien indicó que la hendidura en V que tenían las figurillas en la cabeza era parte de la iconografía característica.

La idea de asociar ese estilo o conjunto de rasgos, que Chavero había dicho que eran imágenes de tigres, fue retomada por Marshall Saville en 1929 siguiendo su texto escrito tantos años antes. Su nuevo artículo compiló todas las hachas y esculturas semejantes en un gran corpus de imágenes. La homogeneidad de lo reunido hizo obvia la existencia de algún “grupo prehistórico” como habían dicho Troncoso y Beyer, el que había habitado en Veracruz y Tabasco. Y aseveró que vivieron en un momento temprano en la historia, quizás antes de los mayas, de los zapotecas o de Teotihuacan. ¿Por qué antes y no junto o después? Porque veía que esos objetos se habían difundido por largas distancias y que había elementos que formaban parte de la iconografía de todas esas culturas. Eso hoy

no lo consideraríamos definitivo pero más no había y parecía suficiente.

Finalmente, para terminar con las especulaciones sobre la antigüedad –de manera relativa, ya que no había un método seguro para fechar-, el notable arqueólogo George Vaillant encontró por excavación y cerca de la ciudad de México objetos de jade y cerámicos con esos mismos rasgos dentro de tumbas locales. Era una nueva época en las técnicas arqueológicas: era excavar con rigor, con método y construir estratigrafías. Ese método, que Gamio asentó que usó por primera vez en México, luego tuvo que aceptar que desde un decenio antes lo había usado William Holmes en la ciudad de México, estableciendo la secuencia que se iniciaba en lo que llamaban “Arcaico”, lo que luego le fue atribuido a Herbert Spinden. Así, Vaillant pudo usar el término olmeca para denominar lo que encontraba, quedando establecida la relación entre un conjunto de rasgos y una nueva “cultura”, con un pueblo que debió tener un sitio central –¿La Venta?-, luego disperso por enormes distancias y con una fuerte presencia en todas partes.

Con esas excavaciones los olmecas fueron entendidos como un pueblo que con sus fuertes rasgos culturales había penetrado en las nacientes aldeas del valle de México. No era un hacha aislada, eran decenas de cerámicas con esos motivos impuestos e incorporados en la plástica local. La asociación explícita entre un jaguar (Vaillant aun lo llamaba tigre) y un ser humano, quedó evidenciada por la figurilla de Necaxa que él publicó en 1932, cuando la pieza llegó al Museo

de Indio Americano, cerrando sus consideraciones sobre los rasgos del tigre como eje de la iconografía de ese estilo-pueblo-cultura (tigre que luego sería jaguar). Vaillant se basaba en las ideas de Saville quien veía una imagen felina en todo el conjunto, tal como había sido el consenso desde Chavero. Se establecería esa imagen como base de la iconografía de ese nuevo pueblo, tal como lo llamarían. Aun hoy a la pieza se denomina *El tigre de Necaxa* ya que nunca pudo ser jaguar.

Los elementos estilísticos planteados por Saville desde 1900 aun hoy son considerados por imaginario como los identificatorios de lo olmeca, lo que en realidad era en esos tiempos un estilo artístico. O quizás la representación de algo de alto contenido simbólico que aun no conocemos. Pero definir un pueblo por sus representaciones estéticas era una decisión diferente a lo que se hacía con otras culturas arqueológicas, caracterizadas además por su cerámica, sus asentamientos, su lengua, sus referencias históricas u otras manifestaciones, aunque en este caso se los identificaba por sus rasgos o motivos. La asociación entre lo olmeca y el felino sería la marca distintiva que cruzaría el tiempo hasta casi finales del siglo XX. Además, tenía que ser todo muy antiguo porque no había referencias documentales del siglo XVI. Pero como no se suponía que hubieran tenido una larga duración temporal, todo lo que hoy consideramos epi-olmeca no podía entenderse. Y lo que no se comprendía se soslayaba. Si eran tan antiguos, ¿cómo se explicaban las fechas de la Estela C y de la Estatuilla de Tuxtla?,

las que resultaban tardías aunque para los mayas conocidos fueran tempranas.

El hacendado Albert Weyerstall hacia 1920 – aunque publicó en 1932-, al comparar los monumentos olmecas que vio durante su vida en México y América Central (su familia vivió en Honduras), en especial con la cabeza de Hueyapan a la que fue a fotografiar, los dataría como pre-mayas y con “unos tres mil años”, dos cosas en las que estuvo bastante acertado.

Llegaba el final de la Revolución, vendrían Álvaro Obregón y la época de Lázaro Cárdenas. La construcción del nacionalismo mestizo hacía posible y hasta necesario usar esa primera historia mexicana, la muy antigua porque el tema más divulgado seguía siendo el Yucatán maya. El tema olmeca estaba en una zona en que toda la arqueología que había visto era solo la de algunos viajeros que pasaron por allí un par de días y el conocimiento era mínimo. Lo olmeca era en realidad una cultura definida por su arte, por la iconografía de objetos seleccionados por sus rasgos distintivos; en última instancia, por un conjunto creado por los propios investigadores.

El mundo occidental había establecido con el Neo Positivismo un esquema del desarrollo de su cultura. Roma había sido la época más gloriosa de la historia y el arte, resultado de una evolución que se inició en Egipto y Medio Oriente, que había cruzado el Mediterráneo a través de Creta, que creció en Grecia para llegar triunfal a Roma. Y pese a los Bárbaros destructores (¿podríamos decir que eran Chichimecas?), tras años de oscuridad medioeval (¿el Posclásico

temprano?), vendría el Renacimiento (¿Tenochtitlán?) y luego el mundo moderno (¿la ciudad de México?). Hoy puede causar risas lo simplista de ese esquema pero así estudiábamos la historia de la cultura de Occidente, y parecería que se difundió a nuestro continente.



Identidad reconstruida: la cabeza de Hueyapan al ser excavada en 1939: había seguido enterrada por setenta años desde su hallazgo.

Abajo: la ceremonia actual que se le hace a la copia de una cabeza en San Andres Tuxtla. ¿Continuidad o recreación?

La cultura madre de Mesoamérica

En febrero de 1939 estallaría la Segunda Guerra Mundial y a la vez se crearía el INAH, institución destinada a llevar adelante el nacionalismo con mucho énfasis en la cultura en todas sus formas: el arte y la arqueología entre ellas, que Cárdenas había llevado a su apoteosis como la nueva identidad del México moderno. No era la Europa y Francia de Porfirio Díaz, ahora era el mestizo mexicano. La arqueología pasó a tener una función muy fuerte como constructora de la historia prehispánica y a tener una función política que el tiempo no le borraría. Y esas historias se cruzarían cuando Matthew Stirling y su esposa Marion comenzaron a trabajar en Veracruz en ese mismo año.

Durante la Guerra Mundial (1939-1945), cuando gran parte del mundo se vio envuelto en una matanza infernal, los olmecas pasarían de ser un raro conjunto de objetos dispersos portadores de una iconografía peculiar e inexplicable, a ser los orígenes indiscutidos de todas las culturas mexicanas. Nada menos que eso: la madre de las culturas y no sólo de México sino de toda Mesoamérica. No era un momento cualquiera en la historia política mexicana, Lázaro Cárdenas estaba en su final y México despuntaba al mundo como un nuevo país significativo en el contexto de América Latina. Estados Unidos seguía teniendo injerencia en la arqueología mexicana pero ya no era el protagonista principal, el INAH lo estaba opacando incluso en la zona maya: se avecinaba la época de Ávila Camacho y

la guerra haría cambiar los ejes de la investigación arqueológica.

Mathew Stirling, como parte de la Oficina de Etnología Americana de la Institución Smithsonian había participado en expediciones en varios países. No sabemos qué lo atrajo hacia Veracruz, pero en 1938 mientras visitaba con su esposa sitios en Oaxaca, hizo su primer viaje hasta llegar a Tres Zapotes y quedó impactado por la cantidad de monumentos a la vista, por su calidad e indudable importancia nunca bien estudiados. Y además de las esculturas era evidente que las cabezas estaban colocadas en orden, y que había montículos formando plazas que indicaban asentamientos. No tuvo dudas en que era un lugar para estudiar seriamente, más porque la cabeza que había encontrado Melgar en 1862 aun estaba ahí, abandonada y sin excavar. Eso lo llevó a conseguir el apoyo de varias instituciones y comenzó a trabajar en la zona por muchos años. Luego excavaría en San Lorenzo, en La Venta y en Cerro de las Mesas. Stirling, pese a su juventud, era un arqueólogo de la vieja generación: recorría, buscaba grandes esculturas, excavaba sin método, se movía de un sitio al otro, compilaba información sin sistematicidad, algo muy diferente a sus ayudantes y a la generación que estaba empezando a florecer en su propia institución. Sería Philip Drucker, su ayudante, quien haría con los años el gran trabajo, pero Stirling sería la estrella que opacaría a todos los demás.

En 1939, en su primer temporada, encontró un fragmento de estela en Tres Zapotes, la llamada C, con

un rostro de tipo olmeca grabado de un lado y una Cuenta Larga calendárica en la cara opuesta. Pero estaba quebrada y faltaba nada menos que el primer numeral, el que indicaría con exactitud el año en que fue tallada. Lo extraño, lo que no se discutía, era que el rostro era olmeca pero la inscripción estaba hecha con numerales y estructura cronológica maya. ¿Era muy antigua o no? Y si la fecha no tenía los miles de años que se suponía que deberían tener los olmecas, ¿qué era lo que estaba mal en esas deducciones? ¿Porqué coexistían cosas de diferente cronología? ¿O no eran de diferentes épocas?

Su descubridor, haciendo una apuesta basada en la lógica del sistema calendárico, asumió que la fecha era el año 31 aC. Y durante treinta años se tuvo la duda de si era o no la fecha escrita más antigua que se tenía de Mesoamérica, años durante los cuales se la había publicado infinidad de veces afirmando su antigüedad sin evidencia concreta. El dilema se resolvió cuando los investigadores veracruzanos Francisco Beverido y Roberto Williams en 1971 dieron a conocer la otra mitad del monumento, la que había sido encontrada por el campesino Esteban Santos. Y como coincidió con lo propuesto por Stirling, con eso no solamente se confirmaba que era la cultura más antigua –aunque no tanto-, y que tenía la fecha más vieja conocida. Por lo tanto, sí era factible estar ante el origen del calendario y de la escritura glífica aunque no de *todas* las culturas. Es decir, era lo más viejo hasta que se encontrara algo que la superara, porque si no la sucesión cultural no podía ser correcta.



Mathew Stirling en Cerro de las Mesas en 1939 viendo las esculturas en superficie, algunas con evidencias de haber sido algo excavadas pero que no estuvieron enterradas (National Geographic Society).

Si bien tanto esa fecha como las otras grabadas sobre piedras consideradas olmecas solamente rondaban los tiempos de Cristo, eso podría llevar a pensar que, o los olmecas eran más tardíos de lo pensado y por ende no precedieron a nadie (o que su tiempo de existencia fue muy largo sin que su iconografía hubiera cambiado, lo que aun era una idea no imaginada), o que las fechas inscriptas eran de pueblos posteriores grabadas sobre objetos más antiguos (¿y si la Estela C fue hecha en Izapa?), o cualquier otra alternativa, suposiciones quizás exóticas para la época. Pero sí era posible que los olmecas hayan existido desde un par de milenios antes y que precedieron a otros como los mayas, zapotecos o teotihuacanos; aun todo era factible porque ya se había generado la idea de una cultura sólida y antigua en la región del golfo. ¿Alguien podía preguntarse, poniendo las cosas a la inversa, si es que eran los olmecas quienes

recibieron fuertes influencias que los llevaron a destacarse? ¿Dónde estaban los antecedentes de esa arte insólito de cabezas que parecían ser retratos, porqué allí no los había?



Cabeza colosal excavada una y otra vez desde su primer descubrimiento, lo que pone en evidencia que su uso identitario moderno es la construcción de un universo simbólico hecho en la mitad del siglo XX.

En realidad lo ya sabido era que no habían sido solamente cabezas colosales y hachas de piedra, lo que se aceptaba era la existencia de un pueblo que había ocupado un territorio durante siglos y que habían dado origen, de una u otra forma, a las culturas de medio

continente. Aunque aun muchos la consideraban como una *hermana* en lugar de una *madre*, una hermana mayor quizás, pero esos eran los debates del momento.

El viaje inicial de Stirling lo llevaría a desarrollar un amplio programa de excavaciones en la región, en Tres Zapotes, La Venta y otros lugares cercanos, como primer proyecto a largo plazo sobre los olmecas. Y si bien tuvo recortes temporales por la guerra mundial, no se detuvieron ni él ni su grupo encabezado por Drucker (“Don Felipe” durante los siguientes treinta años). El problema era que salvo publicar artículos de divulgación, lo proyectado era hacer una arqueología estratigráfica, quizás no muy rigurosa pero de gran escala, analizando cientos de miles de fragmentos cerámicos y con resultados que se verían a largo plazo. Y que resultaron demasiado tiempo para los sucesos que el nuevo imaginario mexicano necesitaba.

En 1942, estando Estados Unidos en guerra y con poco interés por la arqueología, fue cuando todo se aceleró. Se hizo en Xalapa la Segunda Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología titulada *Mayas y olmecas* y allí estuvieron mexicanos, europeos y norteamericanos discutiendo el tema y planteando miradas del presente y hacia el futuro, las que fueron determinantes. Más que nada y gracias a la coyuntura internacional, era profundizar la intención de retomar la arqueología en manos mexicanas –lo que empujaba Caso desde el nuevo INAH-, y con los olmecas se lo haría tal como se había hecho con zapotecos y mayas. A su vez fue la reunión donde comenzó a cerrarse lo que quedaría incorporado en el imaginario colectivo; lo que

allí se determinó, o lo que quedó planteado, fue gran parte de lo que la sociedad en su conjunto asumiría por siempre como probado. Y la palabra sagrada la tuvieron los nuevos expertos que no eran quienes estaban excavando, como Drucker y Stirling. Lo interesante es que lo que allí iba a imponerse sería la voz de la autoridad y el prestigio.

Stirling y Drucker estuvieron en esa Mesa Redonda en donde el tema de lo olmeca fue definido para el futuro como la *cultura madre* de Mesoamérica. Llegaron tarde debido a que Estados Unidos había ingresado en guerra y se encontraron que pese a ser quienes estaban trabajando en La Venta y Tres Zapotes, por lo que podrían hablar con datos concretos, quedaron al margen ante la importancia de algunos ponentes mexicanos. Era el reflejo de los años del nuevo Nacionalismo y del alejamiento de los investigadores del exterior. El Cardenismo había pasado y Estados Unidos ya que no sería más el referente central de la arqueología. Esa reunión fue definitoria para lo olmeca y dió nuevos roles a los investigadores. La presencia de Alfonso Caso, fundador y director del nuevo INAH – hijo de un ministro Porfirista- y opinando sobre el tema, fue determinante, fue el punto de inflexión final para la construcción del imaginario colectivo sobre los olmecas.

Una vez determinado que era la *cultura madre*, al año siguiente Paul Kirchhoff, un etnólogo alemán emigrado a México perseguido por su religión y sus ideas sociales, acuñó el término Mesoamérica, definiendo para siempre el territorio del mundo

prehispánico. Con eso habría tanto una cultura originaria como una dispersión sobre un enorme espacio geográfico, ahora delimitado. No era tan diferente a lo que había hecho Porfirio Díaz con su énfasis en la geografía y la historia: la arqueología servía para consolidar el nacionalismo y unificar a todos los habitantes, más allá de sus diferencias y regionalismos, en una historia y una geografía común. La arqueología construía nacionalismo, antes y después.

Quedaba mucho por saber, no había dudas sobre eso, incluso las palabras “cultura” y “estilo” no terminaban de explicar cómo o por qué objetos de características tan marcadas se encontraban dispersos por amplias regiones y cómo se producía el fenómeno de lo ya considerado “olmecoide”, es decir, lo que se asemejaba o que utilizaba algunos de sus rasgos. ¿Producciones locales imitando o recibiendo imposición? ¿Adopción de cierta iconografía por motivos estéticos, o de influencias culturales, o por imposición? ¿Objetos que viajaban a largas distancias? ¿Artistas y artesanos omnipresentes? ¿Objetos preciados que su propiedad daban estatus? Mil preguntas seguían en el aire.

En la reunión de 1942 no prosperó el nuevo principio arqueológico de no identificar restos materiales con nombres étnicos, aunque se sabía bien que la palabra olmeca hablaba de pobladores del siglo XVI, ni siquiera se aceptó llamarla “Cultura de La Venta” u otras opciones discutidas. Parecería que el resultado estaría afuera del evento, en la construcción de verdades esperadas y esperanzadoras. Alfonso Caso

habló sobre la “Definición y extensión del complejo olmeca” y luego Miguel Covarrubias del “Origen y desarrollo del estilo artístico olmeca”; entre ambos el tema quedaba prácticamente completo. Tuvieron apoyos fuertes como el de Eduardo Noguera y George Vaillant, aunque aún se hablaba de un estilo y de un complejo. Caso en realidad no se había ocupado antes del tema, y sólo volvería en 1965 cuando publicó un texto en que asumió una pregunta mucho más grande: *¿Existió un imperio olmeca?* Obviamente ese imperio tendría una capital, La Venta, y una extensión: toda Mesoamérica. A Covarrubias también le llevaría algún tiempo desarrollar bien las ideas esbozadas, las que expuso en 1946 y amplió en inglés en 1955 y en 1975.

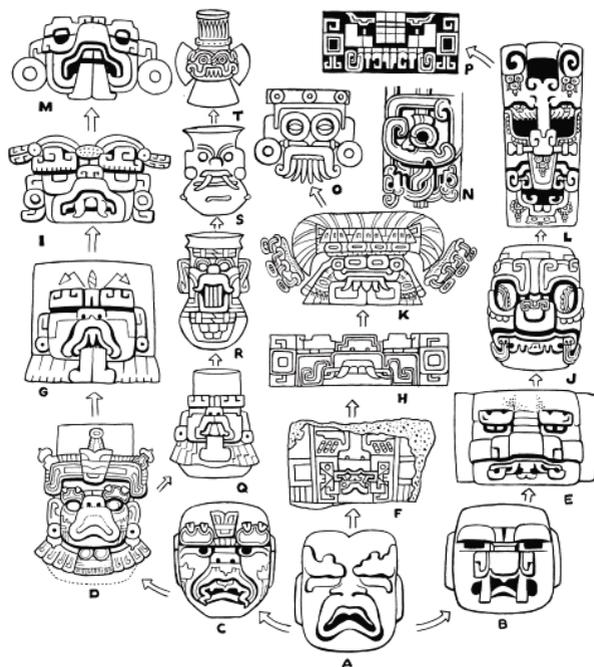
En las conclusiones del evento, escritas por Caso, se dijo que:

“Esta gran cultura, que encontramos en niveles muy antiguos, es sin duda madre de otras culturas, como la maya, la teotihuacana, la zapoteca, la del Tajín y otras”.

Era cierto que lo olmeca, visto aun como una unidad en tiempo y espacio, no tenía influencias de otras culturas –o no se las identificaba-, y su estética e iconografía sí estaban en el inicio de todas, y eso fue lo que Covarrubias trató de demostrar. La idea de una *cultura madre* no era nueva aunque para todos había sido una hipótesis, una posibilidad; ellos la transformaron por su autoridad en una aseveración, aunque fuera una creencia, una expectativa a demostrar lo más rápido posible porque el contexto histórico lo

necesitaba. Los que hablaban eran nada menos que el fundador del INAH, y Covarrubias con su bagaje de relaciones internacionales y trayectoria, el viajero internacional amigo de los Rockefeller. Eso hizo que sus ideas fueran indiscutibles y aceptadas. Al parecer ante el asombro de Stirling y Drucker que sólo unos días antes estaban excavando y tenían información de campo que a nadie parecía interesar. En síntesis, entre 1942 y 1943 quedó planteado el imperio olmeca, la cultura inicial dispersa por ese nuevo territorio que menos de un año después sería Mesoamérica.

Hoy en día es evidente que era un momento complejo ya que los resultados de La Venta logrados por Drucker y su grupo se publicaron después, en 1955, y que la obsesión de Covarrubias con el jaguar nunca fue bien demostrada. Tan fuerte fue el tema del tigre/jaguar que hubo que esperar dos décadas a que alguien lo discutiera. Rubén Bonifaz Nuño en 1986 hizo el artículo que despertó la polémica asumiendo que era una serpiente, Francisco Beverido, que era un olmecólogo de años de excavar en la zona, lo siguió y muchos aun pelean el tema aunque ahora se llame “ofidio celestial”, “dragón olmeca”, o de cualquiera o tantas otras maneras, y aun sigue siendo un problema abierto.



Versión final del cuadro evolutivo de la máscara de jaguar olmeca a otras culturas posteriores hecho por Miguel Covarrubias a partir de la versión presentada en 1942 (de Covarrubias 1957: fig. 22)

Los hallazgos del meticuloso George Vaillant en sus excavaciones en el valle de México ayudaron a concretar algunas ideas. Era un investigador que usaba métodos estrictos y a sus excavaciones llegaban y participaban todos los mexicanos: Piña Chán, Noguera, Moedano, Covarrubias, Caso, todo el mundillo arqueológico. Había comenzado a excavar en 1928 en Zacatenco, siguió con Ticomán, El Arbolillo, Gualupita

y otros lugares en donde era constante la presencia en la primera etapa cultural de lo llamado “olmecoide”. Sus publicaciones hechas desde 1932, aunque casi todo en inglés por lo que su repercusión no llegaba al público general, eran prueba más que suficiente de la antigüedad de esos hechos. La presencia en la reunión de 1942 de todo ese grupo también fue importante. Hoy con esa misma información del Valle de México sabemos que la presencia de rasgos olmecas en la vajilla de las tumbas no coincide en general con las más ricas, que todo se produjo en el momento inicial y que los entierros pobres también tenían esos objetos o influencias. Si lo olmeca fue motor del surgimiento de poder y del estado, no se hace evidente en nada; quizás estaba asociado al intercambio económico de obsidiana intermediado por Tlatilco y que desaparece antes del crecimiento de La Venta; pero eso lo sabemos hoy. Daniel Rubín de la Borbolla y Hugo Moedano participaron excavando y opinando de igual forma: los olmecas como introductores del sistema de clases en el altiplano central de México.

Covarrubias no había llegado a la reunión de 1942 sin un bagaje fuerte: había comenzado sus excavaciones en Tlatilco con Moedano en donde encontraron cerámicas y figurillas con rasgos considerados olmecas. Propusieron una secuencia de horizontes: los simples campesinos, “arcaicos” (palabra por cierto despectiva, heredada de Herbert Spinden en 1910, la que más tarde desaparecería), los que habrían sido arrollados (¿civilizados?) por un invasor de gran cultura (¿sacerdotes, militares, políticos?) que se

impusieron por sobre los locales y los estimularon a su crecimiento ulterior. Se pensaba que los olmecas habían arribado a todas partes con su “culto al jaguar” generando las llamadas cerámicas *baby face*, el complejo plaza-pirámide, los dioses del maíz, del agua y tantos otros, las máscaras de jaguar, los conjuntos de cuatro construcciones, el calendario, la escritura, la religión, es decir casi todo. Tlatilco y los sitios exomó El Arbolillo y Zacatenco, ante una mirada rápida, parecían confirmar la teoría de la cultura madre expansiva, simiente y generadora del México moderno. Es más, Covarrubias daba a entender que quizás se estaba ante la aparición del monoteísmo (el Dios de la Lluvia), como en Egipto, y que esa pudo ser la manera de explicar la expansión. ¿Monoteísmo?

En la reunión de 1942 hubo un grupo formado por una docena de especialistas de Estados Unidos, un observador del Departamento de Estado que era el experto en arquitectura colonial mexicana John McAndrew, y una larga lista de exilados por el nazismo y los fascismos de Italia y España: Pedro Bosch Gimpera, Paul Kirchhoff, Juan Comas, Julio de la Fuente y Jorge Vivó. Covarrubias había vivido en Nueva York y París entre muchos otros lugares como Bali, lugares en donde había funcionado como embajador formal e informal del cardenismo. Era un coleccionista de objetos antiguos y artista reconocido, pero casi no tenía la experiencia arqueológica de Vaillant ni la posición institucional de Caso para sentar las bases del pasado mexicano. Pero así fue.

Con todo ese conjunto de ideas en un México que se lanzaba al mundo haciendo un giro hacia la derecha política. Ese giro, producido en toda América Latina fue lo que llevó a que la arqueología se insertara en la germánica Escuela Histórico-cultural. Era una corriente que se centraba en un esquema de círculos concéntricos, de lugares que generaban o iniciaban la cultura que luego se iba expandiendo en un nuevo difusionismo rígido. En ese contexto la Mesa Redonda fue una jugada magistral de una construcción cultural. Fueron ponencias en un congreso de especialistas y por lo tanto debieron haber sido ideas a discutir, pero resultó que Caso, como político de la cultura, como un *hijo del Porfiriato*, asentaría su verdad aunque entre sobrios signos de interrogación; Bernal, su sucesor, años más tarde sería terminante cuando el Imperio pasó a ser un Mundo. En esa Mesa fue donde se estableció a los olmecas como el pueblo originario, a ser los grandes iniciadores que abruptamente se expandieron llevando la cultura y religión a un mundo de simples campesinos, pre-clasista, obviamente sin culturas desarrolladas y sin un arte propio. Es el tiempo en que comenzarían los procesos de reconstrucción identitaria nacional, los que impulsados desde los grupos de artistas como Diego Rivera y Covarrubias, con todo el apoyo del estado, se fueron reinventando formas de bailar, pintar, hacer artesanías, vestirse, en una conjunción de tradiciones recobradas y resignificadas en una modernidad tardía.

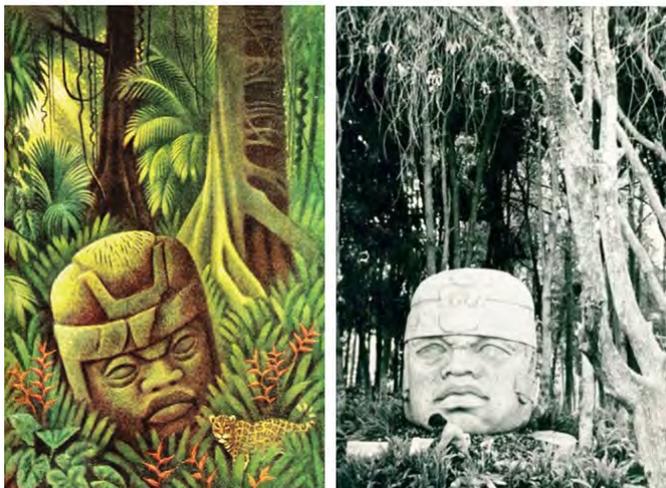
El neo-evolucionismo Darwiniano y la teoría Histórico-cultural tenían la virtud de establecer verdades simples, claras, eternas. A partir de allí los olmecas, ya

diferenciados entre los antiguos pobladores y los que habitaron la zona en el siglo XVI, los que llegaban a la actualidad, eran indistintamente y para cada autor una cultura, un estilo, un grupo étnico, un pueblo, un imperio, y varias opciones más: comerciantes, sacerdotes, militares, expansivos por las buenas o las malas, una ideología, una iconografía, una religión, una manera de organización social; llegaron a ser una *civilización* y un *mundo* porque más posibilidades no había.

Lo que importaba para el México del duro general Ávila Camacho era que fueran la Madre de las Culturas. Y su elemento central, el núcleo, que fuera el jaguar, animal poderoso, por eso y obsesivamente todo eran jugares y más jaguares. Era excelente que el símbolo fuese un animal de esa naturaleza, un felino indomable, capaz de desafiar al mundo. Si algo reforzaba la identidad nacional fue eso.

A veces la historia parece que tuviera una intencional concatenación de sucesos y es muy probable que sean el uno consecuencia del otro: a la vez que México tuvo su primera cultura la que además había generado todas las demás, también tuvo un organismo de estado –de todos los mexicanos- para estudiarla y difundirla, el INAH, en un territorio delimitado que fue denominado *Mesoamérica*. En ese México comenzó a trabajar Hellmuth de Terra quien en 1946 descubriría la larga antigüedad del hombre en el altiplano mexicano probando la presencia de puntas de flecha Clovis, con lo que la historia se correría hacia atrás miles de años. Y al año siguiente, al encontrar al *Hombre de Tepexpan*

(aunque fuese una mujer), se tuvo al “Primer mexicano”. No faltaba mucho para se encontraran los supuestos restos de Cuauhtémoc con lo que la arqueología había cumplido con su papel en la construcción del nacionalismo.



La construcción del imaginario: (arriba izquierda) Cabeza de La Venta tal como fue fotografiada por Frans Blom en 1925; (arriba derecha) la misma al ser excavada (Stirling 1940). (Abajo izquierda) la cabeza pintada por Covarrubias en 1946 en una selva que no existía; (abajo derecha): exhibición en el museo reconstruyendo la idealización y no la realidad.

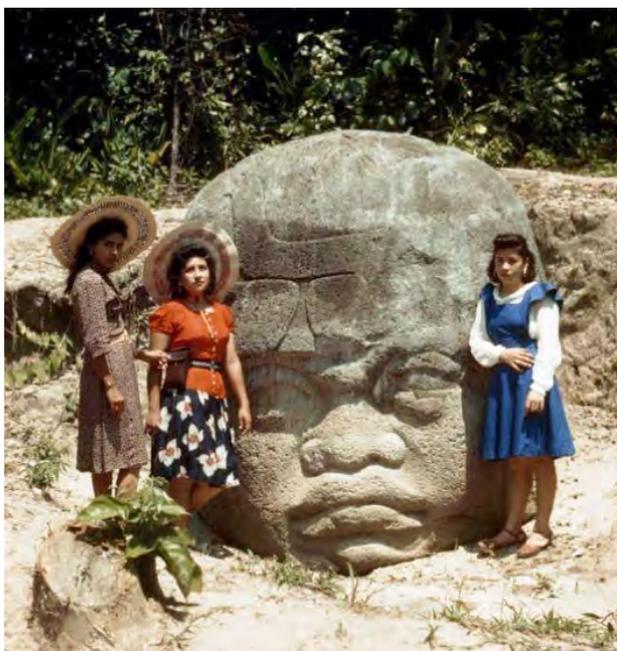
El final, el cierre del imaginario se dio cuando terminaron las excavaciones de Drucker en 1955 y sus últimas publicaciones. Ese año se hizo la pista de aterrizaje en La Venta destruyendo una parte del sitio y la búsqueda de petróleo terminó de cortar la vegetación desecando los pantanos, así creció Villahermosa y la ecología fue otra, el entorno no volvió a ser el de las fotografías. Igualmente La Venta ya había quedado marcada para el futuro como el centro olmeca por excelencia.



La cabeza de Cobata como espectáculo en el centro de la plaza con su placa de bronce al pie, como estatua de héroe. Las comunidades locales la connotan de nuevos sentidos, como símbolo de su identidad, como arte sin contexto.

Hubo un segundo momento en el cual las comunidades locales e incluso la intelectualidad de la ciudad de México hicieron una campaña por la protección de los monumentos y a la vez por

consolidación de la imagen de lo olmeca. Las comunidades locales hicieron esfuerzos como trasladar monumentos a los municipios, o recolocando las cabezas en las plazas de los pueblos manteniéndolas limpias, y de esos años hay decenas de fotografías de quienes iban a verlas para llevarse un recuerdo: eran fotos que marcaban *el haber estado allí* y eso muestra que eran un símbolo y no solo una curiosidad.



El recuerdo de haber estado, de recuperar pertenencia. Pese a que la mayoría de las cabezas seguían en la tierra en que fueron excavadas, la resignificación avanzaba en la construcción de nuevas identidades.

En la década de 1950, Carlos Pellicer y Miguel Covarrubias, y con ayuda de Diego Rivera, impulsaron la inserción de las cabezas en la historia del arte mexicano (pero no en el arte en sí mismo) y muchos los siguieron en una bibliografía tan larga que resulta imposible de describir. Eso desembocó en la creación del Museo de sitio en Villahermosa que llega hasta la actualidad.



Los Tuxtlas: Catemaco y San Andrés, el Cristo Negro y Cuahutémoc (obra de Jesús Contreras, en el Museo local), poderosos ejemplos de significados cambiantes en el tiempo.

La región tiene otros casos interesantes de resignificación. El Cristo Negro de Otatitlán es un excelente caso: haya sido hecho en España o ahí nada cambia, pero sí las tradiciones sobre él son notables. La de que fue enviado por el Rey es una historia poco creíble y no coincide con su poca calidad, así como el que se la haya encontrado flotando en una balsa, la que

recuerdan más la historia bíblica de Moisés. Lo interesante es que se le atribuya ese primer abandono al no haber sido eficaz para detener catástrofes. Pero para los que la encontraron fue un milagro y lo llevaron a su parroquia, hasta que durante las luchas contra el poder religioso se intentó quemarlo, fracasando. Luego le cortaron la cabeza la que quedó guardada en una oficina pública. El pueblo, mientras tanto, le hizo una cabeza nueva y se restauró la cruz, pero en 1945 llegó la cabeza original por correo y ahora una está en su lugar y la otra en una vitrina, igual que la cruz vieja que también se exhibe. Hoy, el Cristo parado y ya no acostado, está en la entrada de la parroquia de Catemaco. La simbiosis que expresa el Cristo negro, seguramente se explica por la presencia numerosa de esclavos africanos y luego de la población afro-mexicana, y muestra como los objetos cambian su significación en el tiempo, son resemantizados, odiados o adorados, se mueven, cambian de posición, se reconstruyen. Como las cabezas olmecas, en que una cosa es lo que fueron y otra lo que ahora son.

Podemos preguntarnos porqué las cabezas no están en los murales del Muralismo de la época. Diego Rivera y sus colegas, quienes pintaron el mundo prehispánico decenas de veces, no incluyeron a las cabezas olmecas. O si lo hicieron fue en detalle, hablando de antes de 1950. Salvo Covarrubias, con su capacidad de dibujo interminable, a Rivera parece que no le importaron demasiado. Ni siquiera en sus colecciones, como sí fueron las cerámicas de Jalisco o Nayarit. Hay sólo una fotografía de Frida Kahlo con una

figurilla de jade, pero no mucho más. ¿Las cabezas colosales no eran estéticamente aptas para ser incluidas en el Muralismo, o era otra cosa? Lo mismo con Orozco, Siqueiros y sus contemporáneos, quienes vivieron el proceso del conocimiento de lo olmeca y de su resignificación. Resulta una pregunta intrigante.



Pintura de Rivera en Detroit con la vacunación de un niño (¿con rasgos olmecas?): ¿un nacimiento de Jesús o un origen de la humanidad?



Autoretrato de Covarrubias como olmeca y foto de Kahlo con una figurilla de jade.

Mathew Stirling y el imaginario colectivo

Mathew Stirling y su esposa Marion fueron personajes notables en la arqueología olmeca y dejaron sus nombres unidos a las cabezas, a las grandes esculturas y a La Venta. Fueron quienes más aportaron a la construcción del imaginario colectivo que aún permanece grabado indeleble, incluso a su imagen internacional. Sus aportes fueron más que significativos, pero la verdad es que el conocimiento científico de los sitios en que trabajaron no fue necesariamente hecho solo por ellos sino junto a sus colaboradores: Philip Drucker, Robert Heizer, Waldo Wedel, Philip Weiant y muchos otros, especialmente mexicanos.

Stirling fue un huracán, una personalidad imparables que como arqueólogo seguía las tradiciones de los viajeros y coleccionistas: excavar rápido con palas y picos, y solamente los grandes monumentos. Recorría todos los sitios igual que lo hicieron Blom y La Farge, o los Selser, excavaba en algunos, publicaba poca información académica y mucho de difusión aunque con ideas poderosas que resistieron el tiempo, e impactaba con las excelentes fotografías que tomaban para él, incluso con la novedad del color. Sabemos de sitios a los que llegó en plena noche cruzando pantanos para no perder un día, y todos los demás quedaron a su sombra aunque hicieron el trabajo duro. Para quien crea en que las casualidades no existen, el apellido Stirling viene de “to stirl” en inglés, es decir “sacudir”, “remover”, que

fue lo que le hizo en la arqueología mexicana. En su viaje a Cerro de las Mesas, encontró y analizó (incluso las liberó excavando), doce estelas y ocho esculturas en una semana. Si hubo alguien con quien compararlo, fue Sylvanus Morley en su juventud.

Stirling tenía varios viajes a Sudamérica y otros sitios del mundo pero estaba entusiasmado con los objetos de jade de México y los hallazgos de Seler, Weyerstall y Blom, era seguidor de las ideas de Saviile sobre los olmecas, a lo que sumaba las noticias que llegaban de los descubrimientos en Teotihuacán y la zona maya. Y con las excavaciones de George Vaillant en el valle de México, las que eran atractivas que indicaban una relación entre lo ya conocido de los olmecas y esa zona. Desde 1932 estaba a cargo de la Oficina de Etnología Americana de la Institución Smithsonian y organizó un proyecto para estudiar los límites de la cultura maya, al Este y al Oeste. Y eligió para él mismo la zona Este. Así, en 1938 organizó un primer viaje a México, rápido pero que dio frutos que no sospechaba. Viajó hasta Tres Zapotes con Clarence Weiant y allí encontraron un territorio cubierto literalmente de monumentos y entre ellos una estela que luego sacudiría la arqueología mexicana por tener la fecha más antigua conocida en su tiempo.

Ese viaje y las fotos que tomó convencieron a la *National Geographic Society* para que financiara un año de excavaciones, los que luego serían más. Quizás ayudó el que su esposa tuviera buenas relaciones de parentesco con esa revista. El viaje lo haría justamente con su esposa Marion Pugh, también arqueóloga, con el

fotógrafo profesional Edward Stewart y más tarde con su discípulo Philip Drucker quien trabajaría en la región toda su vida. Luego participarían Robert Heizer, Robert Squier y Eduardo Contreras excavando hasta 1956.



Hacia la construcción del imaginario olmeca: Mathew, Marion y Richard Stewart en 1938 en viaje a Tres Zapotes, en una fotografía compuesta por un profesional en cada detalle.

El otro arqueólogo de La Venta, Robert Heizer, quedó más opacado. Sólo la gran historia de los protagonistas de la arqueología mexicana hecha por Eduardo Matos (*Descubridores del pasado en Mesoamérica*, 2001) reconoció seriamente a los Stirling, a Drucker y Heizer. En cambio la historia de la antropología publicada en quince tomos coordinado por Carlos García Mora en 1988, con tres libros de biografías de arqueólogos, ni siquiera los cita.

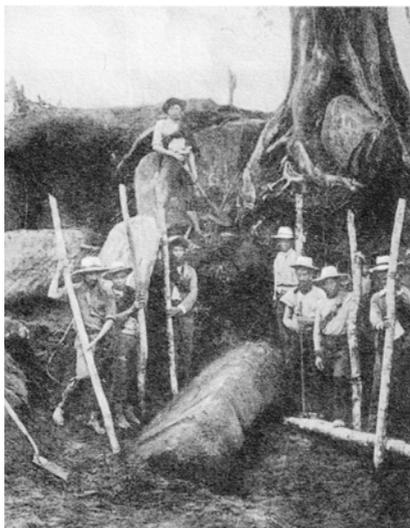
Con ese viaje y los siguientes, Stirling logró darle a los sitios olmecas la difusión que nadie había logrado.

La velocidad con que encontró una larga serie de esculturas y monumentos, más las fotografías impactantes que tomó –o que tomó su fotógrafo acompañante-, mostrando lo que se quería destacar con un profesionalismo enorme, incluso con el nuevo uso del color, golpeó en todo el mundo. Y más aun porque estaban impresas en una revista que difundía masivamente la información con altísima calidad. En el viaje de 1940 Stirling identificó doce monumentos en La Venta y en dos días ubicó otros veinte monolitos esculpidos en Cerros de las Mesas. Pero lo de él no era la práctica de una lenta arqueología estratigráfica, era aun la tradición viajera, a diferencia de sus ayudantes. Y sus descripciones, escritos y fotografías marcaron una época de la arqueología de las Américas en el mundo, y a los olmecas para siempre, y son las imágenes que construyeron definitivamente el imaginario colectivo. Si hay fotos que representan la arqueología mexicana, son esas.

Los hallazgos sirvieron para cimentar la idea de la “cultura madre” que otros definieron poco después. Su trabajo fue el final de una época en la arqueología mexicana y a la vez el inicio de otra, en los mismos sitios y por sus discípulos. Pero para el imaginario, lo que él hizo cerró el tema ya que satisfacía los deseos de una sociedad heterogénea necesitada de una nueva identidad pos-revolucionaria, basada en una historia mestiza con peso propio. ¿Podía haber una historia más impresionante para *todos los mexicanos* que descender de quienes hicieron esas cabezas monumentales? Ellos mismos, como profesionales, entendían que en los

lugares que excavaban había una larga cronología –esa era la conclusión extraída de la seriación cerámica hecha por Drucker-, y que coexistían en los mismos lugares objetos de diferentes épocas, lo que era intrigante pero aun complejo de explicar. Se encontró que hubo cuatro grandes etapas en La Venta, por lo que surgían preguntas tales como ¿se mantuvieron a la vista obras de diversas épocas como hechos históricos de su propio pasado?, pensando en algo similar a como nosotros mantenemos estatuas y monumentos de otra época ¿Los monumentos, en su permanencia, narraban historias, verdaderas o míticas, como parecían decir las estelas mayas?

En la arqueología mesoamericana las figuras talladas en la piedra eran entendidas como dioses, quizás reyes poderosos, no más; aun era poco posible pensar en jugadores de pelota, linajes dinásticos de poder, casamientos por conveniencia, uniones de territorios, conquistas, sacrificios, escenas cortesanas. Era difícil pensar que representaban a un grupo dominante, o incluso en cabezas cortadas de enemigos; la política y la religión estaban unidas y nada se había escrito sobre estética e interpretación de significados fuera de los cánones tradicionales de Occidente,. ¿Si los griegos esculpieron sus héroes olímpicos, sus escritores, músicos, artistas, poetas y militares, porqué no los olmecas?



Las fotografías de Richard Stewart como instrumento para mostrar las condiciones de trabajo y la monumentalidad de los hallazgos en la abandonada superficie del sitio. Un antecedente (arriba): Konrad Preuss en San Agustín, Colombia, en similar situación en 1913.

Si revisamos la bibliografía producida por Stirling, hizo veinte publicaciones sobre el tema. De ellas, siete fueron en la revista *National Geographic*, es decir de difusión, el resto de lo escrito son unas doscientas páginas incluyendo su único libro. Es decir, fue menos que el primer volumen hecho por sus discípulos sobre La Venta. Tal como contó Philip Drucker en 1955 al reseñar los años de excavación y los problemas con que padeció cuando en 1941 “tuvo solo algunos días para liberar y fotografiar los monumentos”, lo hecho resulta una tarea impresionante.

Posiblemente la producción publicada de Stirling no estuvo acorde a la importancia de lo descubierto, es cierto, quizás se esperaba que fuese más académico como ya la época lo exigía. Pero era alguien que pensaba y actuaba como los grandes viajeros de años anteriores, de los tiempos de su formación, como Blom, los Selser o Weyerstall, que estuvieron sólo un día en La Venta. Pese a eso generó información sustantiva y llevó a otros a hacerlo.



La foto perfecta para el impacto mediático: Marion Stirling y colaboradores posando con la gran cabeza de San Lorenzo, lavada y con la frente restaurada. Por las condiciones del lugar no es cuando se la excavó sino mucho después. Marion con el codo tapa el revolver de su cintura (National Geographic Society).

Este caso fue diferente a todo lo conocido, la primera secuencia de artículos en el *National Geographic*, uno al año entre 1939 y 1943, y dos en 1940 y 1942, fue única; ni Hiram Bingham con el descubrimiento de Machu Picchu, ni Sylvanus Morley con los mayas en Chichén Itzá, ni Alfonso Caso con Monte Albán, que también tuvieron acceso a la revista, no pudieron publicar tanto. El *National Geographic* había alcanzado en 1942 el excepcional tiraje de dos millones de ejemplares: con la guerra aparecía el poder de los medios de comunicación. El resto de lo escrito por Stirling no fue destacable: sus artículos tenían una

extensión menor a treinta páginas, siendo la excepción el libro de ochenta páginas que catalogaba los monumentos conocidos y en el cual la mayor parte son fotografías. El único artículo que hizo con su esposa tenía la perspectiva machista habitual en su tiempo: se llamaba “Hallando joyas de jade en un pantano mexicano”, tema considerado femenino, pese al aporte que ella hizo a todos esos trabajos. También destacó más de una vez su trabajo como “ama de casa” en el campamento. Pero resulta interesante ver en las fotos que la que llevaba el revólver en la cintura era ella.

Por supuesto cada uno elige el camino que le parece correcto, como lo hizo Stirling, aunque hoy esa actitud sería criticada por el consenso arqueológico por haber hecho tan pocas publicaciones académicas para tal envergadura de hallazgos, aunque muchas de sus ideas fueron de avanzada. Por suerte tuvo la inteligencia de dejar las excavaciones sistemáticas en manos de sus jóvenes discípulos. Gracias a él y a esa manera de actuar, el mundo en general y México en especial pusieron a los olmecas en la historia universal; si la ciencia más tarde interpretara las cosas de otras formas, así es como avanza.



La vida cotidiana, foto para humanizar la imagen de la aventura: Marion, Philip y Mathew comiendo en la cabaña de Tres Zapotes (National Geographic Society).

La arqueología no modifica el imaginario

El conocimiento de los olmecas siguió profundizándose y los años siguientes vieron las primeras excavaciones académicas surgidas gracias a Stirling, quien estuvo y ayudó a concretarlas. Quizás la más conocida fue la de La Venta, pero toda la región fue estudiada por primera vez. Paralelamente la selva y los pantanos iban desapareciendo y más gente roturaba la tierra donde los monumentos aparecían al cortar un árbol.

Se formó en esos años un grupo de investigadores de campo que se fue turnando en los sitios, investigadores que no llegaron a tener tanta fama pero a ellos les debemos los conocimientos. Era una generación preocupada por la cerámica, la estratigrafía, la arquitectura, los estudios técnicos aunque aun no surgía el Carbono 14 que se inventó en esos años. En La Venta, Philip Drucker ya podría excavar en 1955 durante cinco meses seguidos y regresar al año siguiente, y nuevamente en 1957, ya no eran viajes de un día o una semana. Drucker estuvo trabajando en la región entre 1943 y 1978, toda una vida y nadie como él publicó y supo tanto sobre el tema. Y así los miembros de ese grupo sostuvieron ideas que prosperaron e hicieron excavaciones de una envergadura que nos asombra. Quizás sus técnicas no fueron muy cuidadosas porque los estándares iban aumentando cada día, pero lograron entender el fenómeno olmeca de una manera antes impensable. Pudieron ir confirmando lo que

Stirling no dudaba. Dada la magnitud de los hallazgos escribió desde el inicio que:

Los misteriosos realizadores de esta clase de arte han sido llamados olmecas, un pueblo cuyo origen es poco conocido. La evidencia arqueológica presente indica que su cultura, la cual en muchos aspectos alcanzó un alto nivel, es muy temprana y bien podría ser la civilización de base desde la cual se desarrollaron centros de arte como el de los mayas, zapotecos, toltecas y totonacas.

Con lo que se encontró en La Venta las hachas de piedras verdes habían pasado a ser parte indudable del conjunto cultural que caracterizaba al sitio, ya considerado como *capital* del mundo olmeca y con el poder necesario para importar esa enorme masa de piedras y objetos desde largas distancias. Eso, sumado a la gigantesca tumba, el gran sarcófago de piedra y los posibles entierros menores –aun no se discutía si lo eran y de qué tipo, cosa bastante impensable-, los pavimentos de jadeíta, los patios de columnas, las complejas superposiciones de capas de arenas de color y las ricas ofrendas, no cabía duda de su significación e importancia para las culturas prehispánicas. Era el sitio pensado como originario de los objetos llamados olmecas de todo México, Guatemala y hasta Costa Rica, y de la difusión de los rasgos que otros tomarían o se les impondría, iguales o transformados, hasta lejanas regiones. Se pensaba en que uno era un lugar central,

poderoso, de irradiación, y que los demás fueron receptores pasivos, seguramente de culturas menos desarrolladas en ese momento. Ya se podía aventurar que los olmecas fueron los creadores del Estado.

Lo que impactará para la sociedad en general y su imaginario serán Stirling y sus hallazgos, pero no las estratigrafías o secuencias cerámicas o los estudios técnicos que quedarán en el mundo académico. Hacia el futuro importará más –o quedarán más grabada-, las supuestas máscaras de jadeíta gigantescas que el descomunal esfuerzo de enterrarlas bajo decenas de cuidadosos estratos de toneladas de serpentina, capas de arenas de colores y en recintos rodeados de columnas de basalto.

Si La Venta fue o no la capital olmeca era un tema muy discutido en la arqueología hasta que en la década de 1960 se entendió que la precedió San Lorenzo. Pero discutir qué significaba ser capital, o si ese era un concepto eurocéntrico, o si hubo otras posibilidades de organización territorial eso sería para un futuro reciente. La envergadura, la cantidad o altura de sus construcciones, el número de monumentos, no necesariamente implicaban ser el lugar central menos cuando se lo calculaba en función de lo conocido sin estar todo excavado. Podía haber muchas explicaciones a explorar. El tema de La Venta como sitio central había surgido en el viaje de Frans Blom, y con las excavaciones de Stirling y Drucker la idea tomó estado por mucho tiempo, y así quedó en el imaginario social. Pocos se preguntaban si esa no era una proyección desde la modernidad, una exigencia de las ciudades e

imperios extra-americanos, un lugar de concentración del poder. Stirling escribió en su libro de 1943 acerca de Cerro de las Mesas, en donde había encontrado enterradas 782 piezas de jade, que si bien era un sitio más tardío que otros el lugar “fue probablemente el centro ceremonial de la región” (en La Venta encontraron más de 2500 objetos de jade). La idea de que hubiera una capital y/o un centro religioso, fuese o no cierta, mostraba que habían diversas opciones. En otra publicación hecha en 1956 el plano de La Venta tenía el llamativo nombre de “Ciudad sagrada de la civilización olmeca”.

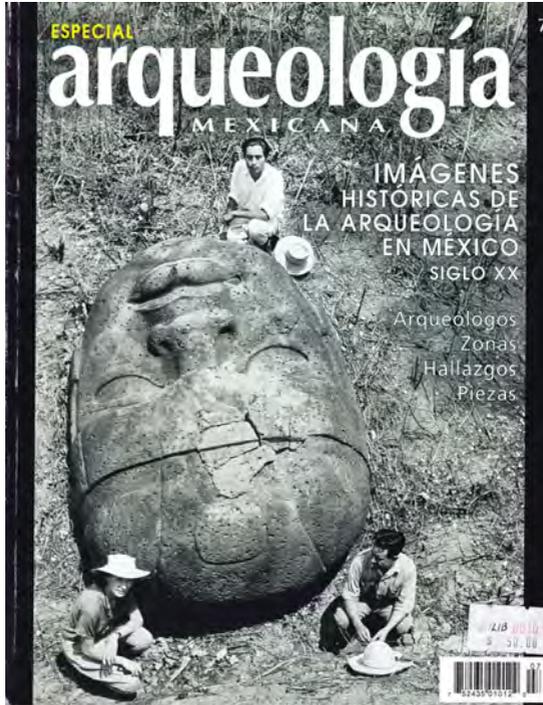
En 2018, Ann Cyphers, una de las olmequistas de la nueva generación, asumió la existencia de dos *capitales*: San Lorenzo y La Venta, secuenciales en el tiempo tal como lo había señalado Michael Coe. Ahora podemos pensar en que no haya habido ninguna, o que pudo haber diversos asentamientos con funciones distintas en las mismas épocas, o no existir la idea, o que cada lugar fuera de una dinastía diferente en épocas distintas, o como en otros lugares el sitio dominante fuese el resultado de un acuerdo entre las élites de diferentes zonas por lo que la estructura sería flexible.

Y, detalle interesante, Stirling al ver el gran entierro de objetos de jade en Cerro de las Mesas expuso la hipótesis, por primera vez, que algunas de esos conjuntos fuese una acción secundaria, que se juntaron –o se excavaron- objetos de tiempos anteriores y en otros sitios, para enterrarlos en un nuevo lugar como una ofrenda de símbolos connotados por su pasado glorioso. La misma idea que luego postularían

para La Venta que quedó olvidada hasta años recientes en que se pudo entender que los sacrocófgos y tumbas no tenían esqueletos dentro, o lo que contenían era *representaciones* de ellos; o que fueron limpiados los interiores y reacondicionados quizás mas de una vez.

En La Venta es posible que haya habido entierros sin cuerpos, acciones altamente simbólicas, en que los objetos de adorno de lujo están colocados intencionalmente en su posición aunque sin cuerpos. Y esa podría ser parte de las funciones del Grupo A, idea que Stirling había presupuesto y que generó largas polémicas. Drucker mostró que varios entierros rituales lo eran sin cuerpo aunque llenos de objetos, y que éstos podían haber sido removidos de otros sitios. ¿La capacidad en cada etapa de movilizar grandes cantidades de objetos de valor desde tierras lejanas es muestra de aumento, o decadencia e intenciones de recuperar el poder? Posiblemente algo de ello. La gran Tumba A pudo ser hecha reusando bloques de basalto de otros sectores del mismo sitio al no poder, o no querer, traerlos de lejos. ¿Una misma tumba era para muchos reyes en el tiempo, para ninguno, para simbolizar algo? ¿El entierro de objetos de jade en sitios estratégicos y hasta simétricos, dispuestos con formas definidas, tiene relación con los muy pocos restos óseos humanos encontrados y a la ausencia de verdaderas *tumbas reales*, reemplazadas por las llamadas *tumbas incorpóreas*? ¿El recubrimiento del Grupo A con cinabrio rojo no marcó un posible final de ese uso? ¿Hubo cierres y reaperturas de esos entierros más de una vez? Si los monumentos, incluso la tumba principal

de La Venta estaban a la vista ya que asomaban sobre el nivel de tierra, ¿fueron dejadas así intencionalmente? Son preguntas que nos surgen cada día.



Portada de la revista *Arqueología mexicana*, número especial 7 del año 2001, cuya portada es una foto de Stewart de 1941 con los Stirling al frente. Una de las fotografías que identifican en el mundo la arqueología mexicana.

Aspecto poco considerado en la investigación es el del juego de pelota. Las cabezas y esculturas opacaron la importancia del patrón de asentamiento y las canchas

de juego y es probable que sean el camino para entender la importancia de lo olmeca, aun más que su simbología; incluso de las cabezas.

Otro tema que daba vueltas sin que nadie se atreviera a verbalizarlo con claridad era el de la religión. *Tenía* que haberla y las esculturas, los relieves y los entierros de objetos *debían* ser expresiones religiosas; Covarrubias, ya lo dijimos, había visto incluso un monoteísmo naciente. No había manera de pensar en un modelo de sociedad diferente en el que el poder tuviera un mecanismo distinto al del Medioevo europeo. Militares, sacerdotes, misioneros, políticos, campesinos, propiedad comunal de la tierra, todas ideas modernas que se trataban de ajustar a los datos. Porque ¿cómo fue la difusión /dispersión/ imposición del llamado “arte olmeca” si es que así fue? ¿Todo lo que *parece* olmeca lo es? La existencia de ese indefinido –ahora bastante definido-, conjunto de rasgos por grandes extensiones tuvo que difundirse de alguna manera, por eso aun en 1979 Jacques Soustelle, americanista y escritor reconocido, planteaba que los olmecas debieron ser un *imperio*, no tan organizado como el azteca pero similar. Asumía que fueron viajeros de largas distancias “como los fenicios”, es decir impulsados por el comercio -o pudo haber pensado en el Helenismo en la India llegado con la conquista de Alejandro Magno, o la imposición romana en lo que hoy es Israel-, los que:

“no parecen haber edificado un conjunto de conquistas territoriales, sino, antes bien, haber establecido una red de colonias (...) y como ha

escrito Alfonso Caso era inevitable que el olmeca se sintiera superior, por su cultura, a los pueblos neolíticos que entonces vivían en la América Media”.

Así, nos dice que viajaron “¿sacerdotes?, ¿funcionarios?, ¿militares?, llegados desde la metrópoli”. Y completaba diciendo:

“Aunque sepamos tan poco de la religión olmeca, es legítimo suponer que contribuyó en gran parte al dinamismo expansionista de ese pueblo. El proselitismo es siempre, en la historia del mundo, un poderosos factor de difusión”.

Es decir, se pensaba en algo similar a misioneros cristianos que extendieron “el culto al dios-jaguar”. Hasta que en la década siguiente se comenzó a desmoronar el concepto de los *centros ceremoniales* y la traducción de los glifos mayas permitió leer las inscripciones, no se pudo remplazar la obsesión de explicar el mundo prehispánico en términos religiosos y de sacerdotes en la concepción europea. Resulta interesante la analogía, aunque sea sólo eso, de ver las pinturas de la pirámide Chic Naab de Calakmul, en que no sólo tienen un papel principal las mujeres sino que se trata de construcciones piramidales de un lugar de comerciantes, no de reyes o sacerdotes.



Impactante vista a color de la excavación en La Venta con el hallazgo del mosaico con *rostro de jaguar*, se observan los estratos coloreados y los mil kilogramos de bloques de serpentina que lo cubrían. Se ve una de las estructuras de madera hechas para tomar fotos de altura.

Para la década de 1960 cuando comenzaron a surgir nuevas preguntas, el imaginario estaba establecido. Se podían hacerlas pero quedaban dentro del mundo académico, afuera no se buscaban respuestas, o no se querían ver porque la evidencia no coincidía con lo ya asumido. Así fue lo que sucedió con los asentamientos que eran siempre *centros ceremoniales*, no sitios de concentración urbana (en términos de lo urbano mesoamericano), densos, polifacéticos, de multiplicidad de funciones, regidos por dinastías de una violencia inusitada. Muchos negaban la existencia de la guerra, Morley fue un fanático creyente de la paz entre los mayas y en la pacífica observación del cielo negando la existencia de sacrificios masivos y

sistemáticos en un mundo que resultó ser sangriento como pocos en la historia del mundo.

Hoy pensamos en otros términos. Es posible que para la época de San Lorenzo, o incluso de La Venta, la economía de mercado no estuviera establecida ya que los poblados eran chicos. Eso generaba mayor movimiento de objetos, materias primas y obviamente de ideas que los grandes mercados establecidos como luego sería Teotihuacan. Si pudiéramos demostrar que la difusión de lo olmeca vino junto con el desarrollo intensivo de la agricultura del maíz en el golfo, y de la mandioca en el sur, con nuevas técnicas para generar una mayor acumulación o plusvalía para sostener élites, tendríamos una primera explicación lógica.



La fotografía a color como eficaz instrumento para mostrar la monumentalidad de los hallazgos de Stirling hechos en la superficie de los sitios (National Geographic Society).

Entre 1939 y 1945 el país vería colmados los sueños que tanto impulsó el estado desde los tiempos de Carranza, y antes de Porfirio Díaz. La Guerra Mundial había transformado la historia de México y su política, había surgido una nueva forma de apoyo abierto desde Estados Unidos –influencia dirían otros, incluso intromisión-, organizada desde la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado bajo la dirección de Nelson Rockefeller. Ese apoyo fue sistemático, facilitó viajes, excavaciones, publicaciones, exposiciones y una fuerte interrelación entre especialistas. Era parte de la política panamericanista que llevó al presidente Truman a Teotihuacán y a México a apoyar a Estados Unidos en la Guerra primero y en su nueva Guerra Fría después. Y a olvidarse, o al menos matizar y burocratizar, su socialismo, los repartos de tierras y a la marginación del Partido Comunista antes tan ensalzado. El socialismo quedaba para los murales de Diego Rivera: la Revolución era para ser pintada o escrita. La política cultural de esos años impulsada por Jaime Torres Bodet para ubicar a México en el mundo, fue más que eficiente, fue la excepción en el continente por la velocidad en que lo logró y la calidad de lo que hizo.

Comprender a los olmecas implica un fuerte desafío porque en buena medida fue necesario romper la dependencia cultural (descolonizarse) de los cánones occidentales del arte y de las analogías a otras culturas. Incluso americanas. Por ejemplo, en estos años se ha repensado la función de las tumbas y sarcófagos vacíos, o con símiles sin cadáver, o que se abrían una y otra

vez. Eso era algo impensable en el momento de su descubrimiento, pero La Venta parece ser un excelente ejemplo de este funcionamiento social tan peculiar.

Un ejemplo que mostró esta dificultad para entender su sociedad a partir de restos materiales fue la Ofrenda 4. Es quizás el hallazgo más famoso del sitio por sus dieciséis personajes de jade y piedras finas formando un círculo alrededor de un personaje central hecho de una piedra diferente y unas placas lisas a su espalda, como si fuese estelas. Si colocamos en Internet la frase “Ofrenda 4 La Venta” obtendremos la friolera de 2.640.000 páginas. Obviamente no todas son exactamente sobre el tema pero es impresionante la cantidad de fotos y descripciones de ese conjunto. Y lo que llama la atención es que muy pocas hacen referencia a sus descubridores: y *ninguna* dice que falta algo que estaba en el centro, cosa probada durante la excavación. El imaginario es simple, sin complejidades, es sólido, no puede tener fisuras. Cómo explicar que esa ofrenda –y quizás tantas otras-, pudo haber sido de otra manera y que no sabemos cómo fue, que algo se retiró, que su ubicación estaba registrada como para extraer algo solo empujando un poco las otras piezas que por algo quedaron inclinadas.

Cuando se la excavó, se observó y se describió con detalle que la ofrenda había sido alterada en un momento posterior al de su entierro. Lo que posiblemente pasó con otras ofrendas, pero eso no lo sabían aun y sólo se lo intuía. Había evidencias que alguien había hecho un hueco del tamaño de una mano hasta llegar al centro de la ofrenda, agujero que luego

fue rellenado con tierra de otro color y textura, y algo se sacó. ¿Para qué se lo hizo? Era fascinante pensar como lo hicieron Drucker y Heizer en una publicación del *National Geographic* de 1956, que quienes habitaban en el lugar tenían información exacta de qué había enterrado en el sitio y que sacaron al personaje que estaba en el centro; quizás todo estaba precisamente mapeado para poder hacer esas acciones. Lo interesante es que eso no trascendió y hoy se exhibe la ofrenda sin ninguna explicación, porque entró en el imaginario colectivo y no puede modificarse, ya es parte sustancial de la imagen que tenemos de los olmecas ¿para qué complicarnos?

Hoy la arqueología ha entendido en base a los hallazgos en el Templo Mayor, que las hachas olmecas y los objetos de jadeíta en general, como las máscaras, tuvieron un valor simbólico que siguió presente por muchos siglos. El uso que le dieron los mayas y otros pueblos se lo conocía hace tiempo y era evidente que hachas y máscaras fueron reusadas, cortadas, escritas y enterradas por segunda vez y quién sabe cuántas veces más. Y hoy sabemos que se hicieron copias ¿falsificaciones prehispánicas o arte neo-olmeca? Todo apunta hacia un revival (así bien lo llamaría la historia del arte) con tres siglos de demora.

El contexto de ese hallazgo nos muestra el último de los posibles múltiples cambios que tenían los entierros. Pudo haber habido otros antes, muchos a lo largo de dos mil años y lo que vemos es el final de esa historia. No son los únicos objetos con esa carga que implica el reuso: si es cierto, tal como se ha confirmado,

la Tumba 7 de Monte Albán era abierta una y otra vez, alterados los huesos y los objetos, eso va en la misma dirección. Recordemos que los Incas sacaban a pasear a los bultos mortuarios de sus grandes jefes muertos mucho tiempo antes. Por eso no debe ser una molestia cultural pensar en sarcófagos o tumbas vacías como pudo ser el caso de La Venta.

Esa mirada a lo mortuario, base de la arqueología hasta ahora, y si la existencia de arquitecturas foráneas en varias de las grandes ciudades fue un tema de elección estética y no sólo de dominación militar resulta más interesante aun. Incluso si eran el resultado de un modelo de funcionamiento que implicaba la convivencia de población de diferentes zonas en un mismo lugar manteniendo rasgos identitarios, todo avanza en el sentido de que se necesita descolonizar muchas de nuestras ideas. Repensar lo olmeca ayudaría, y lo hace, en esta nueva mirada al pasado.



Philip Drucker excavando la Ofrenda 4 de La Venta. La inclinación de las figurillas se debió a una acción antigua para retirar un objeto central. Hoy se exhiben verticales y sin indicación del faltante (National Geographic Society).

El cánón del arte de Occidente y los olmecas

En la década de 1950 México podía ubicarse en el contexto del arte universal porque se había construido una historia prehispánica considerada *completa*: se iniciaba con los increíbles olmecas y cerraba con los espectaculares aztecas. De la misma manera como el esplendor de Roma (Tenochtiltlán) fue la herencia de lo que en origen llegó desde el Oriente (olmecas). Para ese momento los aztecas, mayas, totonacas, huastecos y zapotecas, todos participaban de un territorio unificado, Mesoamérica, y todos serían la descendencia de los olmecas. Incluso ya había un “primer mexicano”, un antepasado local de larga temporalidad. La historia, como un cuento, cerraba y quien no estaba de acuerdo quedaba de lado. La arqueología como parte de la cultura, había logrado lo que la política no había podido terminar de hacer: unir las diferencias regionales en un pasado común.

Resulta interesante el impacto que causó la definición de Mesoamérica: Pedro Armillas juntó una serie de rasgos culturales que enmarcaban un enorme territorio –se entiende que juntando lo que le servía y dejando de lado lo que no-, y construyó, por no decir que inventó, algo que era casi un continente.

Para dar una imagen sólida a ese proceso, algo que se fijara con toda la potencia formal necesaria, no había ni hay nada mejor que una cabeza olmeca. Eran

fundamentales para entrar al cánón del arte universal. Si a ese pueblo, los olmecas, que se estaba definiendo, se le sumaban los numerosos objetos de jade de maravilloso pulido, y las grandes hachas de piedra con rostros de jaguar de fuerte simbología, no hacía falta mucho más: se podía ser parte de eso que Occidente llamaba “arte primitivo” o al menos “exótico”, pero peor era ser desconocido.

¿Porqué las cabezas son el símbolo? Puede parecer simple, pero si vemos a la Coatlicue, o los altares mayas de Copán –por dar otros ejemplos-, son también obras monumentales, son tallas de excepción pero incomprendibles para el público general. Una cabeza olmeca es naturista, completa, cerrada, enorme, implica un gran esfuerzo de talla como un mármol del Renacimiento, con un rostro diferente cada una lo que indica individualismo –valor fundamental para Occidente-, y casi sin decoración o complejidad interpretativa. Las cabezas son imágenes perfectas para quedar grabadas en el imaginario. Podemos discutir ese naturalismo, ser sutiles en los detalles, entender que fueron troncos retallados, pero la cabeza es la cabeza; no tiene la sofisticación de la Estatuilla de Tuxtla. No hay abstracción, no hay segundas lecturas evidentes –que sí las hay por cierto-, no hay complejidad ornamental, nada que no concuerde con los cánones de la historia del arte tradicional aprendidos desde el colegio primario: las cabezas son comprensibles y memorables. Y sin duda, para la identidad tienen una potencia narrativa y una fuerza formal impresionante. Es un caso bastante excepcional en la historia. Por eso con Egipto,

Mesopotamia, Grecia, Creta o Roma pudo ser una cultura más que pasaría a integrar sin conflictos el cánón del arte Occidental.

Otros objetos olmecas, aunque son pocos realmente, completan esa mirada: el más conocido es El Luchador, perfecto en su complexión, una escultura de bulto hecha para ser vista todo a su alrededor y no frontalmente como la mayoría de las estelas, con su detallada musculatura y su rostro considerado felino. No importaría si hay otras similares, ésta es más *olmeca* que cualquier otra escultura en piedra. Y esto lo digo por las discusiones acerca de su autenticidad. El haber rastreado su hallazgo en 1933 y su secuencia de propietarios hasta que en 1964 pasó al Museo Nacional ha lavado toda duda. Pero hubiera sido más interesante si se hubiera hecho conocida en aquella época, ya que al parecer Stirling y varios otros olmecólogos la vieron. Y si fue así vale la pregunta de por qué no la dieron a conocer ya que es impactante como escultura. Lo es por muchos motivos y no porque nosotros nos atemos al realismo como occidentales; lo es porque se mantiene dentro de un corpus de arte con esas características del que las cabezas son parte de ello, que muestra una estética que aunque tenga significados diferentes a los nuestros indica una búsqueda plástica distinta a todas lo demás mesoamericanas.

Y luego está el Señor de las Limas, que aunque muy diferente y sin ese realismo individualista, fue razonablemente interpretado como una virgen con el niño Jesús sobre su regazo (para mí es una mujer y no un hombre, los senos poco turgentes los tapa el niño).

Eran objetos que pueden integrarse a la cultura general de Occidente mientras que otros son de tan complejo significado que resultaba imposible hacerlo sin ponerles la etiqueta discriminatoria de lo exótico.

Aquí entramos en el tema del significado del realismo, un valor fundamental del arte de Occidente. Tan fuerte que aunque las esculturas griegas no sean verdaderos retratos son entendidas como si lo fueran, cuando en realidad son interpretaciones altamente simbólicas de lo que cada individuo había sido. Pero en América el realismo no tenía el mismo valor, era una manera que chocaba con el alto simbolismo, era una manera escindida, desviada de los cánones formales de todas las culturas. Claude Baudez planteó, magistralmente, que las cabezas colosales en su naturalismo debían ser las de grandes personajes sacrificados, eran las cabezas cortadas de enemigos, no de idolatrados reyes o sacerdotes; no era recordar la gloria sino el terror. La idea de que fueran gobernantes era una proyección eurocéntrica que no cuajaba con lo sabido para el mundo prehispánico. Para Baudez, cuanto más naturalista eran -y no por ello deben ser retratos-, más *feo* y desagradable era para el observador. En cambio, cuanto más importante era alguien más su figura se desleía entre ropajes, dioses, antecesores, glifos, máscaras y ornamentos. Su hipótesis, que lo naturalista era desagradable y lo simbólico era la belleza, generó una revoltura en nuestra forma de ver esas cabezas.

El individualismo, el retrato, que no es lo mismo que el naturalismo, es un valor intrínseco a Occidente,

ya lo dijimos. Pero mejor sería decir que lo es a la imagen que Occidente ha querido dar de sí misma y los estándares greco-latinos que quedaron fijos por veinte siglos. En la zona nuclear olmeca las cabezas se hicieron quizás durante un siglo nada más y concentradas en pocos lugares; fueron un fenómeno acotado en tiempo y espacio por lo que difícilmente representen a una cultura que duró mucho tiempo y estuvo presente en muchos lugares. Y hasta podría ser que algunas estuvieran enterradas desde poco después talladas, y además desacramentadas, mientras otras seguían esculpiéndose, mostrando un proceso complejo. Al menos creo que no fueron una galería de los reyes, ni un recuento histórico en una galería de personalidades. El que algunas hayan sido altares (¿tronos como lo muestra Juxtlahuaca?) como se ha probado, puede tener muchas interpretaciones, entre ellas la simple falta de materia prima o de no poderla transportar.

Otro artilugio para revalorizar el arte prehispánico fue el que se impulsó desde la historia del arte a mitad del siglo XX: incluirlo entre los precedentes del arte moderno. Eso implicaba entre otras cosas pensar que nuestro arte era el eslabón superior darwiniano de la cultura y lo demás sólo antecedentes. Así como el decir que arte africano fue la inspiración de Picasso para el Cubismo, lo que hoy es difícil de aseverar, o que el Chac-Mool serviría para entender las esculturas de Moore. Esos trucos fueron bien aprovechados por George Kubler y otros contemporáneos como una estrategia inteligente para resemantizar la cultura antigua americana y darle

entidad en los museos internacionales. Finalmente era una manera de valorizarla, nada más. Otros, en cambio, plantearon que existía un *barroquismo* precolombino aplicando parámetros europeos, ejemplificados por el contraste entre lo maya y los aztecas, para entender el arte americano, como sucedió con los libros de Paul Westheim sus antecesores y seguidores, como si esos conceptos fueran de valor universal. Finalmente hay quienes aplicaron al arte sus propias interpretaciones sobre lo que ellos creían que debieron ser esos pueblos; valga los casos de los mayas y su visión idílica impulsada por Morley, Thompson y tantos otros grandes mayistas, confundiendo lo que nosotros vemos en un objeto con lo que sus creadores quisieron mostrar. Lo hemos visto en fecha reciente cuando se demostró que las pequeñas esculturas de enanos olmecas eran fetos nonatos, o recién nacidos. O cuando se polemiza sobre los agujeros y perforaciones intencionales sobre los monumentos y su significado. O más aun, si las obvias esculturas de personajes *gordos* de Guatemala pueden ser mujeres embarazadas, o fardos mortuorios y no señores poderosos. Las miradas pueden ser múltiples y los detalles importantes.

¿Qué sucede cuando nos preguntamos cómo surgió este arte de manera repentina, cómo se comenzó a hacer esas cabezas sin antecedente alguno, en un momento inicial del período Formativo –y si la Costa del Pacífico la precediera es lo mismo-?, ¿cómo se logró generar una escuela de escultura de esa calidad que se mantuviera en el tiempo por siglos e incluso que viajara a realizar obras en otros sitios? ¿Fueron talladas en el

sitio?, porque evidencias claras no hay de dónde se las trabajó. ¿Si las máscaras de Arroyo Pesquero son retratos, como varios han planteado y no lo creo, se las podría asociar a las cabezas como parte de ese naturalismo inicial? La idea de que el origen perdido de esa esa monumentalidad haya sido la Costa de Guatemala, fue que allí sí se podía encontrar una evolución, un desarrollo previo que llegó hasta el único –hasta ahora- ejemplo de cabeza-altar. Pero, por ahora, las esculturas de personajes gordos de Guatemala es la única posible explicación de esa inusitada escuela de escultores, o al menos de saber dónde comenzó su trabajo. No será fácil demostrarlo y lo dudo que pueda hacerse.

Quizás explorando el uso masivo de las hachas de jade en entierros ceremoniales sin cadáveres podremos avanzar más que con los grandes monumentos de La Venta o San Lorenzo. La máscara de 485 piezas verdes –y que son dos-, y las mil toneladas de piedra fina importada que las cubría, fue un hallazgo quizás más importante que una escuela artística. Todos los altares, estelas y cabezas han sido movidos en la antigüedad y seguro más de una vez –quizás sólo una cabeza en San Lorenzo conservó su posición, y discutidamente-, por lo que poco puede decirnos en cuanto a su exposición pública. Así como las tumbas abiertas y cerradas dicen más por su propia existencia que por lo encontrado adentro. Y sin contexto es difícil deducir algo, en cambio las hachas sí están en su posición original y podrían decir más de lo que ha sido visto.

Revisar las hachas es un ejercicio ya que ni siquiera sabemos dónde fueron talladas, de qué canteras se extrajeron y cuál fue su papel en la economía y en el simbolismo precolombino. Se han hallado algunas vetas de mineral de jade y otras piedras finas (cuarzo, esteatita, serpentina), Motagua, Guerrero, Costa Rica, pero poco más. ¿Quién las explotó y talló, y dónde, en las cantidades halladas en La Venta? Para el 1000 a.C. fueron las que recibieron los símbolos considerados olmecas que dejaron la cerámica para ser usados en algo menos popular, expresión posible de su asociación al surgimiento de las elites locales. Y fue un fenómeno que llegó para quedarse en Mesoamérica, en diferentes formas, en diversas culturas, pero para siempre fueron de enorme valor. ¿Y por qué hachas? Más tarde habría objetos de todo tipo para adornar complejos vestidos y tocados, pero hachas y placas fueron masivas en el Formativo. Hay imágenes mayas de dignatarios que difícilmente podrían caminar o estar parados con cientos de piedras en su vestimenta. Pero los olmecas las enterraban, los mayas las mostraban. ¿Los pueblos del Golfo fueron los primeros consumidores, los que le dieron su significado, los que las tallaron, los que las exportaron con material foráneo?, ¿o fue un producto transítmico de comercio más? ¿Tenían valor de uso o valor de cambio? Recuperar objetos de otros lugares para reenterrarlos parece haber sido una tradición desde Cerros de las Mesas con los olmecas hasta el Templo Mayor de Tenochtilán con los aztecas. Es un tema trascendente, asociado a lo olmeca, que merece seguir siendo estudiado.

La complejidad de ubicar a los olmecas dentro de la historia del arte prehispánico, se ha hecho evidente en el Museo Nacional de Antropología en donde tienen un lugar secundario, mientras que el Formativo en el valle de México sí tiene su sala a continuación de la del Poblamiento. Pero hay que tomar en cuenta que para ese momento no había dudas que “el primer mexicano”, el Hombre de Tepexpan, provenía del valle central.

Las fotografías de Richard Stewart

La importancia de la fotografía en la arqueología es algo que ya ha sido destacado y analizado, no lo vamos a repetir. Nacida en el siglo XIX fue precisamente quien difundió el primer libro con fotografías auténticas de ruinas y objetos, Desiré Charnay, quien creó gran parte del imaginario internacional sobre el mundo prehispánico. Pero eso significaba pegar la foto al papel, no había manera de reproducirlas en las décadas de 1850 a 1870; para ilustrar había que hacer una litografía e imprimirla, lo que implicaba un grabado que no cualquiera sabía hacerlo; y eso duró más de un decenio, justo el tiempo cuando Melgar hizo sus escritos sobre la cabeza colosal.

Desde el momento en que las fotografías pudieron ser impresas cambió la imagen que se tenía sobre el pasado, en México y en todo el mundo. La memoria visual es básica para la memoria, es un soporte material poco discutible a la vez que es el mecanismo para transmitir el discurso relativo a lo que se ve. Y para imaginar de una manera diferente al texto. Desde ese momento imaginario social y fotografía caminaron juntos.

--- . ---

Richard Hewett Stewart (1901-2004) fue el fotógrafo que acompañó y estuvo en todas las campañas de Stirling entre 1936 y 1946; dos años

después fueron juntos a un trabajo arqueológico en Panamá. Había ingresado de joven a la National Geographic Society en 1924 como técnico de laboratorio, y entre sus logros además de la excelencia de su trabajo en blanco y negro, está el haber sido de los pioneros de la fotografía en color. En este caso su uso tuvo un éxito notable. Es posible que buena parte del impacto que esos trabajos tuvieron en el público internacional haya sido por las fotografías; las cabezas habían sido retratadas varias veces si bien no por profesionales: tenemos las de Blom, Weyerstall y Seler entre otros, y eran personas que sabían lo que mostraban, pero nadie pudo reproducir lo de Steward.

Lo que es injusto es que cuando vemos con la fuerza que las cabezas se han insertado en el imaginario de la arqueología universal, su fotógrafo permanece desconocido: la historia lo maltrató y sólo tiene seis referencias en Internet y una única foto, precisamente la de una cabeza olmeca, en la sección “Imágenes” del sitio de la National Geographic Society. Aunque hay cientos, de sus fotografías repetidas una y otra vez en la Web, todas lo están sin créditos.

Sus fotos supieron mostrar la vegetación, el barro, la sencilla vida doméstica campesina, la grandiosidad de los monumentos, el esfuerzo, la pobreza en la zona, la diferencia entre la población local y los investigadores, fotos que maravillaban por las glorias del pasado y a la vez mostraban el desarrollo de la ciencia de Estados Unidos. Hoy podemos entender que eran una muestra del poder de un país que mostraba que pese a estar en una guerra de dimensiones colosales seguía

investigando y gastando dinero en América Latina. Seguramente que eso era paralelo a la búsqueda de apoyo y alianzas intercontinentales, pero la arqueología se hacía. Hay quienes han visto una actitud de menosprecio por el campensino mexicano, de superioridad, de mostrar la continuidad del mundo precolombino en la modernidad como un defecto, como una muestra de subdesarrollo. Hoy rescatamos esa continuidad como la supervivencia a la imposición cultural. Fue habitual y lo hizo Steward menos que otros, sean mexicanos o de todas partes, como el colocar a un lado de una escultura a un trabajador local. A veces era para darle escala, otras para mostrar que el rostro pareciera no haber cambiado. Eso puede ser verdad, y a la vez es cierto que es despreciativo y desvalorizante, pero es una manera gráfica de mostrar una maravillosa continuidad de siglos, de que no cabía duda de quiénes hicieron esos objetos, de orgullo y pertenencia. No creo que nadie haya sido obligado a ponerse al lado de una escultura para la fotografía.

Steward supo usar las reglas clásicas de la composición: la simetría, colocar al más importante de un grupo al centro y adelante, dar escala con personas y con el entorno, mostrar el nivel del hallazgo y entierro, limpiar de objetos extraños, colocar a su modelo, Marion, en muchas fotos y siempre desde la izquierda, fotografiar desde escaleras y plataformas que no debieron ser fácil fabricarlas, supo usar las sombras y luces. Es decir, trabajó mucho para lograr cada toma. Hay fotos en que la cabeza está sobre tierra aplastada y con pasto crecido, es decir que no son del momento de

la excavación sino de tiempo después, posando y pensando cada toma. Por supuesto hay instantáneas como las de los esforzados trabajadores moviendo las enormes piedras, con ropa raída y *guaraches* que no eran lo adecuado, que son símbolos de su pobreza ancestral. Pero esas fotos son de los primeros años, son las menos imponentes aunque finalmente son las más naturales. Y en todas las fotos en que está Marion se cuidó que se tapara el revólver que llevaba en su cintura, aunque a veces se alcanza a ver parcialmente detrás del brazo caído.

Al ver las fotos desde el presente tenemos que pensar que estaban dirigidas a un público de no especialistas, básicamente de Estados Unidos, que era el que le pagaba por hacerlo, y que quería ver lo exótico, lo impactante, lo que cada uno querría descubrir. No desdeñemos la idea del turismo de masas que estaba por nacer como tema necesario a estudiar.



Cabeza colosal de San Lorenzo: una de las fotos que fijaron en el mundo la imagen de los olmecas. Cada foto fue el resultado de una precisa elección, de una perspectiva elevada (en un terreno plano), en un momento de la excavación, de la luz, de la limpieza del conjunto, con la estudiada presencia de Stirling o de su esposa (National Geographic Society).

Ha habido quienes, como López Hernández, han sabido sintetizar la mirada fotográfica de esas excavaciones:

En tiempos en que la devastación de la Gran Guerra constituía la noticia de mayor trascendencia, el *National Geographic Magazine* ofrecía a sus lectores experiencias del pasado y presente que, por momentos, lograban suavizar las atrocidades de la guerra y la terrible naturaleza humana. En un sentido claramente político, el discurso construido por estas imágenes presenta a la arqueología como una actividad que, en medio de la aventura y el exotismo, rescata desinteresadamente un patrimonio común: el pasado. El ayer se presenta idílico y majestuoso (fuera de toda dimensión; elegante, refinado), como un legado de América a la humanidad.

Frans Blom y su compañero le habían dedicado unos párrafos al tema de la fotografía en condiciones de excavación y viaje en la década de 1920. Entendían que el mundo del dibujo –en el que no eran muy duchos– era algo de épocas superadas y que la fotografía era

invaluable. No es así, cada técnica cumple diferentes funciones, pero Blom viajó con dos cámaras, una liviana y una profesional; y terminó dándole más uso a la de mano –aunque tuviera menos definición- que a la otra que llevaba más tiempo armarla incluyendo el trípode. Y cuando vemos las complejidades que tuvieron los pioneros como Charnay, Maudslay o Le Plongeon para cada foto, entendemos que en realidad Blom se quejaba de su falta de pericia ya que sus fotos son bastante deficientes, incluso les cortaba la cabeza a las personas fotografiadas, o quedaban fuera de foco. Si comparamos esas fotos con las de Steward entendemos el porqué del impacto de las de éste último, que cambiaron el papel de la fotografía arqueológica.



La estudiada técnica de fotografía de Steward: Marion Illig Stirling posando mientras se excavaban las *joyas* de jade de Cerro de las Mesas, y luego exhibiéndolas sobre un tapete rojo, dejando ver que lo hacía sobre la tierra.

¿Casualidades americanas?

¿Podemos preguntarnos si esta historia fue diferente a las del descubrimiento y las interpretaciones de la cultura Chavín en Perú, o las de San Agustín en Colombia? Todos los olmequistas, y más aun el público general, han visto libros y fotos sobre las aparentes, posibles y/o discutidas similitudes entre los olmecas y Chavín, con el jaguar como elemento central. Quizás hoy eso no tenga la fuerza que tenía en décadas pasadas porque el difusionismo ha sido tan denigrado que da vergüenza siquiera citarlo, pero aun hay preguntas y tareas importantes que hacer y muchos datos que cruzar con regiones distantes. Pero, pese a todo el rechazo que eso nos causa hay situaciones históricas que no podemos dejar de ver.

Una de ellas ya fue hecha: redefinir a los olmecas. ¿Qué significa que un objeto pertenezca, se asemeje, use símbolos o recuerde a los olmecas? Es evidente que no lo determina sólo la presencia de las cabezas, o siquiera de la escultura monolítica. Una notable publicación de 1989 de Gareth Lowe y Michael Coe estableció las bases de los estudios comparativos interregionales en Mesoamérica para lo olmeca, centrados en la cerámica y no en la escultura. Y eso permitió que la presencia o ausencia de un rasgo no determinara demasiado. Pero, es ir en contra del imaginario para el cual lo olmeca es igual a cabeza colosal, jaguar y colmillos.

¿Dónde nació esa idea que reúne monolito y jaguar con origen? Creo que muy lejos de México pero quizás no casualmente, cuando la idea de lo olmeca estaba aun en sus inicios y siendo definida sólo por sus atributos felinos. Nació en Perú con Julio Tello, o quizás antes, en Colombia con Theodor Preuss en la década de 1920. Ver las publicaciones de ellos es impactante, más allá de lo excelentes que son los objetos en sí mismos. No establecemos relaciones, lo que creemos que resulta fascinante es que revisar las historias de la arqueología.

Julio Tello fue un arqueólogo mestizo que estudió en Harvard y quien fue explicando la época precolombina peruana como el rápido desarrollo y expansión por enormes distancias de una impresionante cultura primigenia llamada Chavín. Fue considerada como el origen de todas las culturas posteriores de lo que se llamó “el área andina”, para homogenizar el territorio. Para el modelo inicial, el centro habría estado en la zona serrana y se habría expandido hacia la costa y por todo ese territorio hasta Bolivia al sur y Colombia al norte. ¿La historia suena conocida?

Si bien Tello comenzó a excavar en la década de 1910, fue entre 1942 y 1943 y de manera paralela a la Mesa Redonda de Xalapa en México, cuando Tello publicó sus artículos clásicos resultado de años de trabajos, cerrando la historia de los hallazgos. Lógicamente la cultura Chavín se sintetizaba con los grandes monolitos tallados en piedra, con el jaguar –que nunca pudo probarse que lo fuera-, como elemento central. Nuevamente un conjunto de rasgos

iconográficos definía un pueblo, un imperio y una civilización, con un centro irradiador que se supuso que era la localidad de Chavín de Huántar. Aunque él mismo encontró sitios en la costa que lo precedían en el tiempo nada afectó el imaginario que se había construido. El modelo histórico de Tello estaba perfectamente construido y fue largamente incorporado a la historia peruana. Así fue hasta que la investigación académica lo modificó, pero quedó indeleble en el imaginario universal de la misma forma en que sucedió con los olmecas. Fue perfecto para ser el inicio de la civilización andina, con origen en Perú, iniciado en la sierra aunque sus hallazgos en Cupisnique dijeran lo contrario.

Otro caso de alguna manera similar ha sido el de Colombia con la cultura de San Agustín, con sus enormes tallas de piedras de animales míticos con prominentes dientes también considerados como jaguares. Quien lo planteó fue Konrad Preuss en su obra de 1913 quien ya usaba como referencia al joven Julio Tello, viendo semejanzas jaguarescas en ambos casos y quizás un origen común de la gran estatuaria.



Fotografías de los monolitos de San Agustín, Colombia, en la década de 1950.

¿Y no sucede lo mismo con la cultura de La Aguada en Argentina y sus felinos y los personajes con sus máscaras con dientes prominentes? Aunque allí nunca hubo grandes tallas de piedra y ni siquiera sabemos si son felinos. ¿Y los paralelos históricos con los hallazgos monolíticos de Arthur Posnansky en Tiwanaku (Tiahuanaco) en Bolivia, desde temprano relacionados por Preuss y Tello con sus interpretaciones? Y en esa búsqueda del antecesor dignificante recordemos a las figurillas de Valdivia en Ecuador, que a falta de felinos y monolitos pueden ser las *venus esteatopigias*, las madres creadoras, igual que en Europa.

Finalmente, si hay un aspecto positivo entre todas estas relaciones, sean posibilidades o casualidades, es que algún día alguien tomará seriamente lo que quizás une al universo americano temprano. Lo dijeron hace tiempo Reichel-Dolmatoff sobre San Agustín, Peter Furst para los olmecas y Donald Lathrap para todo el continente: que ese elemento inicial estaba en la relación entre los jaguares, los alucinógenos y el shamanismo. Eso explicaría, si aceptáramos la existencia de una base común americana, una iconográfica común en Chavín y entre los olmecas y en otros pueblos. No hablaban de contactos, comercio, interacción, migraciones, sino de un origen seguramente selvático –donde existe el jaguar-, extendido con el uso de los alucinógenos. La transformación del hombre en jaguar o en un animal mítico, simbiótico de otros varios reales o imaginarios, es un tema panamericano que

muestra que las ideas circularon desde muy temprano en el continente.

Alguien dijo que lo olmeca quizás fue más una “influencia estimuladora” interélites en crecimiento que un horizonte, una religión o una expansión de cualquier tipo. Así como a la inversa pudieron en el Golfo recibir ideas del Istmo, contribuciones que desarrollaron al máximo aunque no hayan nacido allí. Según Ian Graham las cabezas, los altares, las tumbas vacías, llegaron desde la costa del Pacífico; y que los olmecas tuvieron la capacidad de llevar todo eso a su máxima expresión. Elites locales que reflejaron lo externo llegado desde lejos para consolidar su poder, que las interpretaron a su manera –magistralmente-, y que esas ideas volvieron al sitio de origen para ser usadas de otra manera, reforzándose mutuamente. Ejemplos de ese tipo, de influencias que son retomadas y llevadas a su esplendor, son habituales en la historia del arte.

Dados los paralelismos entre todas esas culturas, verdaderos o imaginarios o resultado de una manera de hacer arqueología e historia del arte, la conclusión lógica es que deberíamos preguntarnos si esas culturas son “primas” lejanas (hermanas no parecen serlo) de esa *madre ancestral* que aun muchos buscan afanosamente, pero que seguramente no existe. Tener orígenes con grandes líticos con iconografías de monstruos o saurios terrestres o celestes, con venus, jaguares, cocodrilos u ofidios, sería increíble, lástima que no lo hubo. ¿Lo que tenemos son arqueologías que hemos construido incorporando algunos hallazgos, haciendo interpretaciones, dejando fuera lo que no era de utilidad

para que todo cerrara de manera armónica? Desde la ciencia no fue una acción intencional, fue quizás el resultado de una mirada que hoy llamaríamos colonizada que no sólo dejó de lado al indígena sino que impuso concepciones hechas para otros universos del pasado. Ejemplos recientes, sencillos pero significativos, está en que para entender de dónde provino la Estatuilla de Tuxtla (con 24.900 resultados en Google), hito importante en la escritura epiolmeca, hubo que esperar 102 años para que alguien fuera al lugar a averiguarlo, y que encontrara su sitio de origen. Y ahora, con el hallazgo del bloque de piedra del Cascajal, todo lo que sabíamos sobre la escritura epiolmeca se tambalea y se corre hacia atrás muchos siglos, dándonos un atisbo hacia un período Formativo más complejo de lo que conocíamos.

Todo esto es ahora parte del imaginario universal acerca del origen de la América prehispánica, del desarrollo de sus culturas, del surgimiento del arte, del poder, del mito ancestral, del inicio del estado, de la sociedad de clases, producto o resultado de la existencia de modelos sociales, culturales y económicos diferentes a los asiáticos o europeos. La mirada latinoamericana descolonizada, a la ciencia y al imaginario, puede darnos una lectura más ajustada de los olmecas en ese momento temprano, admirable, que tuvo América en la cultura universal.

El imaginario concretado

Con el arribo de la arqueología científica a la zona olmeca, sistemática y técnica, el conocimiento avanzó de manera abrupta en La Venta y los estudios ya descritos. Luego, con los trabajos en San Lorenzo la nueva interdisciplina ya estaba en auge, los fechamientos eran fáciles de obtener, los estudios ecológicos hacían furor y todo fue cada vez más rápido. Poco después llegó la arqueología orientada hacia la resolución de problemas, a contestar preguntas académicas, ya no solamente *a ver que había*. Y obviamente el público general no estuvo interesado porque ya tenía la información que necesitaba. El imaginario colectivo muy difícilmente se modifique, al menos rápidamente.

Investigar el pasado es una tarea ardua, costosa, compleja, institucional, de intercambio intelectual y de polémicas que transcurren cada vez más rápidamente en un mundo intercomunicado. Pero lo que quedó grabado sobre los olmecas en forma indeleble, lo que cada niño o adulto sabe, lo que se repite en escuelas y maestras/os, periódicos y revistas, Internet y sus millones de sitios, es por lo general información generada antes de 1955, con el final de la excavación en La Venta. Y cuando es posterior son los grandes hallazgos de nuevas cabezas o esculturas, como las de San Lorenzo. La ciencia se distanció de la sociedad.

Desde el hacha de Humboldt de la que nadie sabía ni siquiera cuál era el lado de arriba, y menos aun lo qué significaba, o desde una cabeza enorme perdida en la selva que se pensaba africana, hasta la actualidad, el estudio de lo olmeca ha sido una de las grandes aventuras del pensamiento y del conocimiento científico, y eso no es poca cosa. Si lo incorporado al imaginario es sólo una parte de todo lo generado es un problema que vive toda la ciencia y la cultura en el mundo, no es grave. Y el trabajo hecho por la arqueología es algo por lo que enorgullecerse como sociedad. Revisar su historia es parte de su crecimiento. Hoy, ha dolido aceptar que ni las cabezas ni los altares son lo más significativo de esa cultura. Por el contrario, si queremos verla lo tenemos que hacer en la cerámica, en el patrón de asentamiento, en la ornamentación simbólica de su mundo ritual y jerárquico; las cabezas y altares son un evento particular, diferenciado, casi exclusivo. Algo explosivo y de muy compleja explicación pero que no es lo que representa a un pueblo en el pasado. Quizás ese fue el gran error difundido por el imaginario: las cabezas son importantes pero no explican demasiado, por eso nadie se dio cuenta durante un siglo que eran altares retallados: pese a tantas observaciones, dibujos, fotografías, la obviedad sólo salió a la luz casi a fines del siglo XX. Y eso, el resuso de los monumentos, sí es algo disperso por amplias regiones, al igual que su desconsagración, su destrucción o entierro.



El “Huevo cosmogónico”, o medallas de Palenque, con el supuesto origen de las culturas americanas, publicado por José María Melgar en 1871 junto con la cabeza de Hueyapan.

Para terminar con esta historia podemos regresar al inicio, a José María Melgar el descubridor de la primera cabeza en Hueyapan (Tres Zapotes) y a otro de sus pocos escritos: el que hizo acerca de una medalla proveniente de Palenque. Insólito pero nada raro en su tiempo, la consideró como el “Huevo cosmogónico”, el origen de todo, con la Creación bíblica en el continente, era la representación del inicio de la humanidad en América. Eran en realidad dos medallas halladas en el siglo XVIII las que habían sido publicadas por el Capitán Dupaix en el libro de Lord Kingsborough, y una de ellas había sido enviada al rey de España en 1794. Lo que buscaba afanosamente Melgar en ella era el principio de las culturas americanas, lo que se llamaba “el eslabón perdido”: el *huevo* –metáfora mediante- que dio inicio a la vida, la creación bíblica cuyo misterio materializado –sin decirlo- estaba en su *cabeza colosal*, la que llegara o no de África no importaba. Quizás en su rebuscada lectura de la medalla estaba vislumbrando,

suponemos, lo que pasaría durante el siglo siguiente con su hallazgo como el primer ejemplo de la cultura inicial y del papel que jugaría en el imaginario social que se impondría en el futuro.

Un final para una larga historia

Durante el año 1975, cuando yo tenía 24 años, hice un recorrido por los sitios olmecas de Guatemala y México. Llevaba bajo el brazo el libro de Ignacio Bernal sobre *El mundo olmeca*, que era lo mejor que se podía encontrar y la idea era visitar cada sitio que figuraba en su plano, uno a uno. ¿Por qué? No lo supe nunca. Todo comenzó cuando a los dieciocho años me tropecé, literalmente, con la colección de *México a través de los siglos*, en Buenos Aires, la que un librero puso en la calzada. Y por casualidad o destino abrí el primer tomo en el grabado de la cabeza de Hueyapan. Jamás pude olvidarla aunque no me dediqué a la *olmecología* como la llaman ahora.

El impulsor de esas visitas a los sitios de Guatemala fue Rafael Girard, quien en un día intenso de conversación me llenó la cabeza con la idea de que era factible que las esculturas “de gordos” (“Olmec-like”, “pot bellied”, etc.), de la región de la costa de ese país y hasta El Salvador, eran el precedente de los olmecas del golfo. Su libro publicado en 1969 planteaba esas interpretaciones al revés de lo consensuado, una herejía, ¡que alguien se atreviera a aseverar eso era impensable!, pero me abrió la puerta a la idea y al viaje a ver esas esculturas donde casi nadie había excavado. Los trabajos en Abaj Takalik justamente comenzaron un año después y ahora Ian Graham y tantos otros arqueólogos asumen que ese podría ser el inicio de la escultura monumental olmeca. Que allí estuvieran los años de

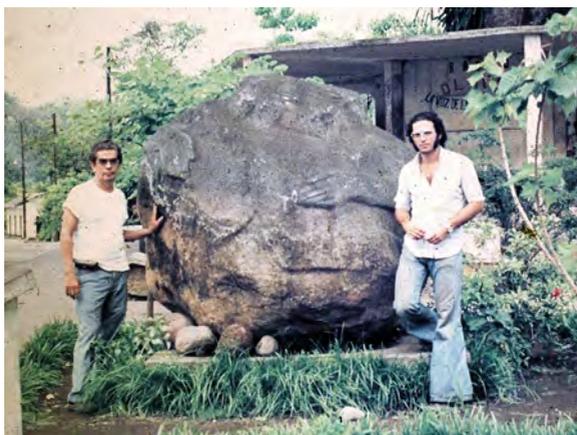
experimentación en el tallado que no está presente en el Golfo. En esos años no era simple viajar por Guatemala por la violencia de la dictadura que había en el país, pero a esa edad uno se aventura a todo.

Luego, recorriendo México, pude contactarme con especialistas, algunos con quienes después trabajaría o establecería amistad: Beatriz de la Fuente, Eduardo Matos Moctezuma, Jorge Acosta e Ignacio Bernal, María Antonieta Cervantes, quienes sostuvieron lo contrario manteniendo la hipótesis tradicional. Y después Carlos Navarrete y Tom Lee me complicaron el panorama mostrándome los movimientos de todo tipo que hubo a través del Istmo durante el período Formativo. Todo lo que se veía sobre ese período del pasado era complejo y lo sigue siendo.

De ese viaje, desde Escuintla hasta La Venta, me quedó el recuerdo, la experiencia y algunas fotografías. No pude dedicarme al tema porque a veces la vida te conduce por caminos complejos, pero algo quedó guardado además de la lectura obsesiva y las visitas a sitios y monumentos. En 1980 me aventuré con Nelly Gutiérrez Solana a publicar una bibliografía sobre los olmecas y todo lo relacionado con ellos en la UNAM, para eso busqué y leí 850 artículos y libros, porque simplemente no existía Internet. Fueron meses de bibliotecas hasta encontrar lo que aun creo que es la compilación más completa hecha hasta ese momento. Hoy es casi inútil, pero así trabajábamos en ese entonces.

Este libro, esta conferencia completada para editarla, reúne ideas surgidas en ese medio siglo de

desarrollo de la arqueología olmeca y en especial las discutidas con Paul Gendrop, Jaime Litvak, Víctor Rivera, Carlos Navarrete y con tantos otros especialistas en especial con Beatriz de la Fuente. Pero hacer una lista de agradecimientos por medio siglo de vida resulta absolutamente imposible.



Monte Alto, Guatemala, 1975: el libro de Rafael Girard que me llevó a recorrer la costa de Guatemala con la idea de un período pre-olmeca no reconocido en ese momento.



Una de las cabezas de la región de Escuintla y la ritualidad reconstruida por indígenas migrantes en 1975.

En 1989 Robert Demarest escribió “Parece que el mundo olmeca se hunde”, al hacer una revisión del conocimiento del tema. Y ya se veía que era probable que tuviera razón aunque aun seguimos discutiendo, porque como se dijo al inicio: hacer historia a través de la arqueología no es sencillo.

Incluso desde esa fecha, por no viajar hasta Melgar y Serrano, hemos aprendido mucho, y hemos (o se han) cambiado muchas ideas. Algunas de ellas se han confirmado con el tiempo, otras han abierto nuevas preguntas, y muchas es mejor olvidarlas. Pero la posibilidad de que el impacto del primer siglo desde el descubrimiento de la primera cabeza haya generado un imaginario tan poderoso, que ya es universal, es algo insólito y a la vez curioso, digno de tratar de entenderlo. ¿Fue en las costas de Guatemala y de El Salvador desde donde surgió lo que una vez trasladado al golfo se llamó

olmeca, desde lugares como La Blanca o Abaj Takalik entre los que conocemos? ¿Izapa es un gran sitio intermedio en el entrecruce entre mundos de desigual crecimiento: el itz'at, lo olmeca y los mayas?, ¿pensando en las esculturas y la iconografía hemos dejado de lado los demás rasgos que definen una cultura, por lo poderosas que son las cabezas y estelas?, ¿se generó una hipótesis que creaba una civilización a partir de objetos portables que ocasionalmente aparecían en lugares alejados aunque fuera en otros contextos y épocas?

Finalmente, este es un caso arqueológico excepcional en la historia americana, tal como lo vio Melgar por la potencia que esa cabeza aislada tenía por sí sola. Por eso la publicó con tanto interés y no se preocupó por los otros objetos que tuvo en su poder. Tan fuerte fue el golpe que causó ese hallazgo y sus recorridos posteriores que aun hoy, a 161 años de su descubrimiento, seguimos hablando sobre ellas.

Bibliografía

Arnold, Ph. J. (1995). Ethnicity, Pottery and the Gulf Olmec of Ancient Veracruz, Mexico, *Biblical Archaeologist* 58: 191-200.

Bernal, I. (1968). Views of Olmec culture, *Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs* pp. 135-142, Dumbarton Oaks, Washington.

(1968). *El mundo olmeca*, Editorial Porrúa, México.

Becker, M. (1992). Burials as Caches; Caches as Burials: A New Interpretation of the Meaning of Ritual Deposits Among the Classic Period Lowland Maya. *New Theories of the Ancient Maya* pp. 185–196, University of Pennsylvania, Philadelphia.

Berger, R., J. A. Graham y R. F. Heizer (1967). A reconsideration of the age of La Venta site. *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility* 3: 1-24, Berkeley.

Beyer, H. (1927). Bibliografía: Tribes and Temples de F. Blom y O. La Farge, *El México antiguo* II: 305-313.

(1964) An Olmec jade formerly belonging to Alfred Maudslay, *XXXV Congreso Internacional de Americanistas* 1: 541-543, México.

Benson, E. P. (1972). *The cult of the feline: A conference in pre-columbian iconography*, Dumbarton Oaks, Washington.

(1981). *The Olmec and Their Neighbors: Essays in Memory of Matthew W. Stirling*. Dumbarton Oaks, Washington

Benson, E. y B. de la Fuente (1996). *Olmec Art of Ancient Mexico*. National Gallery of Art, Washington.

Beverido, F. (1987). Breve historia de la arqueología olmeca, *La Palabra y el Hombre* no. 6:161-194.

Blom, F. y O. La Farge (1926). *Tribes and Temples*. Middle American Research Institute, Tulane University, New Orleans.

Boudar, L., S. Ladrón de Guevara y R. Lunagómez (2009). *Excavando en silencio. Los arqueólogos del ayer*, Museo de Antropología de Xalapa, Xalapa.

Caso, A. (1942). Definición y extensión del complejo Olmeca, Mayas y Olmecas, *Segunda reunión de mesa redonda*, pp. 43-46, Sociedad Mexicana de Antropología, Tuxtla.
1965 *¿Existió un imperio Olmeca?*, Memorias del Colegio Nacional.

Cervantes, M. A. y J. Yadeum (1979), La máquina tautológica y la arqueología olmeca, *Nueva antropología* 12: 125-137.

Clark, J. E. (1997). The Arts of Government in Early Mesoamerica. *Annual Review of Anthropology* 26: 211–234.
(2009). El origen del estado en Mesoamérica. Las sociedades complejas del occidente de México en el mundo mesoamericano. *Homenaje al Dr. Phil C. Weigand* pp. 373–391, El Colegio de Michoacán, Zamora.

Clark, J. E. y M. Blake (1994). The Power of Prestige: Competitive Generosity and the Emergence of Rank Societies in Lowland Mesoamerica. *Factional Competition and Political Development in the New World* pp. 17–30. Cambridge University Press, Cambridge.

Clark, J. E. y A. Colman (2014). Olmec Things and Identity: A Reassessment of Offerings and Burials at La Venta,

Tabasco. *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 23:14–37.

Clellan, W. C., R. Cowan, J. O'Connell y C. Benham (1967). *Colossal heads of the Olmec Culture*, Contributions of the University of California Archaeological Research Facility no. 4, Berkeley.

Clellan, W. C., R. Cowan y M. Coe (1957). Cycle 7 monuments in Middle America: a reconsideration, *American Anthropologist* LIX-4: 597-611.
(1957). *Preclassic culture in Mesoamerica. A comparative survey*, Kroeber Anthropological Society Papers 17: 7-37, Berkeley.

Coe, M. Cycle 7 (1957). Monuments in Middle America: A Reconsideration. *American Anthropologist* 59: 597-610.
(1989). *The Olmec Heartland: Evolution of Ideology. Regional Perspectives on the Olmec* pp. 68–82, Cambridge University Press, Cambridge.

Coe, Michael D., and Richard A. Diehl (1980). *In the Land of the Olmec*. 2 vols. University of Texas Press, Austin

Coe, W. R., y R. Stuckenrath
(1962). An Olmec design on an early Peruvian vessel, *American Antiquity* XXVII: 579-580
(1963). Olmec and Chavin: rejoinder to Lanning, *American Antiquity* XXIX: 101-104.
(1964). A Review of La Venta, Tabasco, and Its Relevance to the Olmec Problem. *Kroeber Anthropological Society Papers* 31:1–43.
(1965). Archaeological synthesis of Southern Veracruz and Tabasco, *Handbook of Middle American Indians* 3: 679-715, University of Texas Press, Texas.
(1965). *The jaguar's children: preclassic Central Mexico*, The Museum of Primitive Art, Nueva York.

- (1965). The Olmec Style and its Distribution. *Handbook of Middle American Indians* 3: 739- 775, University of Texas Press, Austin.
- (1968). *America's First Civilization*. American Heritage, Nueva York.
- (1968). *Map of San Lorenzo, an Olmec site in Veracruz, Mexico*, Yale University, New Haven.
- (1968). San Lorenzo and the Olmec civilization, *Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs* pp. 41-71, Dumbarton Oaks, Washington.
- (1972). Olmec Jaguars and Olmec Kings. In *The Cult of the Feline: A Conference in Pre-Columbian Iconography* pp. 1-18, Dumbarton Oaks, Washington.
- (1973). The iconology of Olmec art, *The Iconography of Middle American Sculpture*, pp. 1-12, Metropolitan Museum, Nueva York.
- (1977). Olmec and Maya: A Study in Relationships. In *The Origins of Maya Civilization* pp. 183-196. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- (1996). *The Olmec World: Ritual and Rulership*. The Art Museum, Princeton University. Princeton.

Coe, M., Diehl, R. A. F. Beverido, P. F. Kroster (1966). Exploraciones arqueológicas en San Lorenzo Tenochtitlan, *Boletín del INAH* 24: 21-25.

Coe, M. y R. A. Diehl (1980). In *The Land of the Olmec*. 2 vols. University of Texas Press, Austin.

Colman, A. (2010). *The Construction of Complex A at La Venta, Tabasco, Mexico: A History of Buildings, Burials, Offerings, and Stone Monuments*. Tesis inédita, Department of Anthropology, Brigham Young University, Provo.

Covarrubias, M. (1942). Origen y desarrollo del estilo artístico Olmeca, *Mayas y Olmecas, Segunda Reunión de Mesa Redonda* pp. 46-49, Sociedad Mexicana de Antropología, México.

- (1944). La Venta, colossal heads and jaguar gods, *Dyn: the Review of Modern Art* 6: 24-33.
- (1946). Jade in Mexico, *Asia and the Americas* 46: 496-497.
- (1946). *Mexico South, the Isthmus of Tehuantepec*, Alfred A. Knopf, Nueva York.
- (1946). El arte olmeca o de La Venta, *Cuadernos Americanos* XXVIII 4: 153-179.
- (1954). *The Eagle, the Jaguar, and the Serpent*. Alfred A. Knopf, New York.
- (1957). *Indian Art of Mexico and Central America*. Alfred Knopf, Nueva York.
- (1977). Olmec art or the art of La Venta, *Pre-Columbian Art History* pp. 1-34, Peek Publishing, Palo Alto.
- Cyphers, A. (1994). San Lorenzo Tenochtitlan. *Los olmecas en Mesoamérica* pp. 43–67. El Equilibrista, Mexico.
- (2007). Surgimiento y decadencia de San Lorenzo, Veracruz. *Arqueología Mexicana* 87: 36-42.
- (2016). The Early Preclassic Olmec: An Overview. In *The Origins of Maya States* (pp. 83–122). University of Pennsylvania, Philadelphia.
- De la Fuente, B. (1972). La escultura olmeca como expresión religiosa, *Religión en Mesoamérica, XII Mesa Redonda* pp. 79-84, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- (1973). *Escultura monumental olmeca: Catálogo*, UNAM, Mexico.
- (1973). Iconografía de la escultura monumental olmeca, *Balance y perspectiva de la antropología del centro de Mesoamérica, XIII Mesa Redonda I*: 257-263, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- (1975). *Las cabezas colosales olmecas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (1977). La iconografía de la escultura monumental olmeca, *Del arte, homenaje a Justino Fernández* pp. 35-43, UNAM, México.
- (1977). *Los Hombres de Piedra: escultura olmeca*, UNAM, México.

Diehl, R. (1981). Olmec Architecture: A Comparison of San Lorenzo and La Venta. *The Olmec and Their Neighbors: Essays in Memory of Matthew W. Stirling* pp. 69–81.

Dumbarton Oaks, Washington.

(2000). The Precolumbian Cultures of the Gulf Coast. *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas II-1*: 156-196, Cambridge University Press, Cambridge.

(2011). De cómo los reyes olmecas obtenían sus cabezas colosales. *Mesoamérica: debates y perspectivas*, El Colegio de Michoacán.

Demarst, R. (1989). The olmec and the rise of civilization in Eastern Mesoamerica. *New perspectives on the Olmec* pp. 303-343, Cambridge.

Drucker, Ph. (1943). *Ceramic sequences at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 140, Smithsonian Institution, Washington.

(1943). *Ceramic stratigraphy at Cerro de Las Mesas, Veracruz, Mexico*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 141, Smithsonian Institution, Washington.

(1952). *La Venta, Tabasco; A Study of Olmec Ceramics and Art*. Bureau of American Ethnology Bulletin no. 153. Washington, Smithsonian Institution.

(1952). *Ceramic stratigraphy at La Venta*, Bulletin 154, Bureau of American Ethnology Smithsonian Institution, Washington.

(1952). Middle Tres Zapotes pottery and the preclassic ceramic sequence, *American Antiquity* XVII- 3: 258-260.

(1955). *The Cerro de Las Mesas offering of jade and other materials*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 157, Anthropological Papers 44,: 25-68, Smithsonian Institution, Washington.

(1981). On the Nature of Olmec Polity. *The Olmec and Their Neighbors: Essays in Memory of Matthew W. Stirling* pp. 29–47. Dumbarton Oaks, Washington,.

Drucker, P. y R. F. Heizer (1956). Gifts for the Jaguar God. *National Geographic Magazine* 110: 366–375.

(1965) *Commentary on W.R. Coe and Robert Stuckenrath's Review of Excavations at La Venta, Tabasco*. Kroeber Anthropological Society Papers 33:37–69.

Drucker, P., R. F. Heizer y R. J. Squier (1959). *Excavations at La Venta, Tabasco, 1955*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology Bulletin 170, Washington.

Furst, P. T. (1968). The Olmec were-jaguar motif in the light of ethnographic reality, *Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs*: 143-174, Dumbarton Oaks, Washington.

Gillespie, S. (1999). Olmec Thrones as Ancestral Altars: The Two Sides of Power. *Material Symbols: Culture and Economy in Prehistory* pp. 224–253. Center for Archaeological Investigations Occasional Paper 26. Southern Illinois University, Carbondale.

(2008). History in Practice: Ritual Deposition at La Venta Complex A. In *Memory Work: Archaeologies of Material Practices* pp. 109–136. School of Advanced Research Press, Santa Fe.

(2011). Archaeological Drawings as Re-Presentations: The Maps of Complex A, La Venta, Mexico. *Latin American Antiquity* 22:3–36.

Gillespie S. D. y M. Volk (2023). An archaeological evaluation of the Olmec “royal tombs” at La Venta, Mexico, *Ancient Mesoamerica* 34: 640–669.

González Lauck, R. (1994). La antigua ciudad olmeca en La Venta, Tabasco. *Los olmecas en Mesoamérica*, pp. 93–111, El Equilibrista, Mexico.

(1996). La Venta: An Olmec Capital. *Olmec Art of Ancient Mexico* pp. 73– 81, National Gallery of Art, Washington.

González Mello, R. (2020). *Los olmecas, Covarrubias y las ideas modernistas sobre el estilo Anales del Instituto de Investigaciones stéticas XLII, supl. al 116.*

Graham, J. (1989). Olmec diffusion: a sculptural view from Pacific Guatemala. *Regional perspectives on the Olmec* pp. 227-246, Cambridge University Press, Cambridge.
(1989). Olmec Diffusion: a Sculptural View from Pacific Guatemala. *Regional Perspectives on the Olmec*, pp. 227-246, University of Cambridge Press, Cambridge.

GROVE, D. C. (1973). Olmec Altars and Myths. *Archaeology* 26 (2); 128-135.
(1981). Olmec Monuments: Mutilation as a Clue to Meaning. *The Olmec and Their Neighbors*; pp. 48-69, Dumbarton Oaks, Washington.
(1997). Olmec Archaeology: A Half Century of Research and Its Accomplishments. *Journal of World Prehistory* 11: 51–101.
(1999). Public Monuments and Sacred Mountains: Observations on Three Formative Period Sacred Landscapes. *Social Patterns in Pre-Classical Mesoamerica* pp. 255–299. Dumbarton Oaks, Washington.
(2014). *Discovering the Olmecs: An Unconventional History*. University of Texas Press, Austin.

Hazell, L. C. (2010) Analysing route and transport strategies to retrieve stones used by Olmec society for the San Lorenzo colossal heads. *Una Vida de Arqueología Preclásica: Jornadas en Homenaje a Ann Cyphers*, Museo de Antropología de Xalapa, Xalapa.

Heizer, R. F. (1957). Excavations at La Venta, 1955, *Bulletin of the Texas Archaeological Society* XXVIII: 98-110.
(1959). Specific and generic characteristics of Olmec culture, *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas* II: 178-192, San José de Costa Rica.
(1960). Agriculture and the theocratic state in Lowland Southeastern Mexico, *American Antiquity* 26: 215-222,
(1961). *Inferences on the nature of Olmec society based upon data from the La Venta site*, Kroeber Anthropological Society Papers 25: 43-57, Berkeley.

(1962). The possible sociopolitical structure of La Venta olmecs, *Akten des XXXIV Internationale Amerikanisten Congresses*, pp. 310-317, Viena.

(1968). New observations on La Venta, *Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs*, pp. 9-36, Dumbarton Oaks, Washington.

Heizer, R. F. y P. Drucker, P. (1968). The fluted pyramid of the La Venta site, *Antiquity* 42- 165: 75-98.

Heizer, R. F., P. Drucker y J. A. Graham (1968). *Investigations at La Venta, 1967*. Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 5:1-33.

(1968). Investigaciones de 1967 a 1968 en La Venta, *Boletín del INAH* 33: 21-28.

Heizer, R. F., J. A. Graham y C.W. Clewlow (1968). *Observations on the emergence of civilization in Mesoamerica*. Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 11, Berkeley.

Heizer, R. F., J. A. Graham y L. Napton (1968) *The 1968 Investigations at La Venta*. Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 5:127-153.

Hernández, F. L. (2021). La representación del monstruo cósmico en la cerámica del Formativo temprano. Tesis de maestría, UNAM, México.

Holmes, W. H. (1907). On a nephrite statuette from San Andres Tuxtla, Veracruz, Mexico, *American Anthropologist* IX: 691-701.

(1916). The oldest dated American monument, a nephrite figurine from Mexico, *Art and Archaeology* III: 275-278.

(1916). The oldest dated American monument, *Bulletin of the Panamerican Union* 43: 89-93.

Jiménez Moreno, W. (1942). El enigma de los Olmecas, *Cuadernos Americanos* V: 113-135.

Joralemon, P. D. (1971). *A Study of Olmec Iconography*. Studies in Pre-Colombian Art and Archaeology no. 7, Dumbarton Oaks, Washington.
(1976). *The Olmec Dragon: A Study in Precolumbian Iconography*. In *Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica* pp. 27-72, Latin American Center, Los Angeles.

Joyce, Th. A. (1912). *A short guide to the American antiquities in the British Museum*, British Museum, Londres.

Joyce, R. A. (1999). Social Dimensions of Pre-Classic Burials. *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica* pp. 15–47. Dumbarton Oaks, Washington.
(2000). *Gender and Power in Prehispanic Mesoamerica*. University of Texas Press, Austin.
(2000). High Culture, Mesoamerican Civilization, and the Classic Maya Tradition. *Order, Legitimacy, and Wealth in Ancient States*, pp. 64–76. Cambridge University Press, Cambridge.

Joyce, R. y D. C. Grove (s/f). *Asking New Questions about the Mesoamerican Pre-Classic*.
https://www.researchgate.net/publication/238693467_Asking_New_Questions_about_the_Mesoamerican_Pre-Classic#fullTextFileContent

Justeson, J. y T. Kaufman (1993). A Decipherment of Epi-Olmec Hieroglyphic Writing. *Science* 259:1703–1711.
(2008). The Epi-Olmec Tradition at Cerro de las Mesas in the Classic Period. *Classic Period Cultural Currents in Southern and Central Veracruz* pp. 159–194, Dumbarton Oaks, Washington,

Justeson, J., Ch. A. Pool, P. Ortiz Ceballos, M. del C. Rodríguez y J. MacLaren Walsh (2020). *The Environs of Tres*

Zapotes as the Find-Spot of the Tuxtla Statuette, *Latin American Antiquity* 31-4:747-764.

Kaufman, T. y J. Justeson (2001). Epi-Olmec Hieroglyphic Writing and Texts. *Notebook for the XXVth Maya Hieroglyphic Forum at Texas* pp. 1–99, University of Texas, Austin.

Kerber, E. (1882). Eine alte mexikanische ruinenstatte bei San Andres Tuxtla, *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* XLV: 488-489, Berlin.

Kunz, G. F. (1889). Sur une hache votive gigantesque en jadéite de l'Oaxaca et sur un pectoral en jadéite du Guatemala, *Congres International d'Antropologie et d'Archeologie Préhistoriques*: 517-523, Paris.
(1890). *Gems and precious stones of North América*, The Scientific Publishing, New York.

Lange, F. (1993). *Precolumbian Jade, New Geological and Cultural Interoretations*, University of Utah Press, Salt Lake City.

López Hernández, H. (2016). Exhibir y resignificar. Reinterpretaciones de los restos arqueológicos olmecas entre los siglos XIX y XX, *Historia Mexicana* LXV- 3: 1271-1340.
(2019). *En busca del alma nacional: la arqueología y la construcción del origen de la historia nacional en México (1867-1942)*, INAH, México.

Lowe, G. (1989). The Heartland Olmec: Evolution of Material Culture. *Regional Perspectives on the Olmec* pp. 33–67. Cambridge University Press, Cambridge.

Melgar y Serrano, J. M. (1869). Antigüedades mexicanas, notable escultura antigua, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* 2- I: 292-297, México.

(1869). Antigüedades mexicanas, notable escultura, *Semanario Ilustrado*, México.
(1871). Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Huayapan, del cantón de los Tuxtlas, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* III: 104-109.

Miller, M. E. (1986). *The Art of Mesoamerica: From Olmec to Aztec*. Thames & Hudson, Londres.

Noguera, E. (1942). El problema olmeca y la cultura arcaica, *Mayas y Olmecas, Segunda Reunión de Mesa Redonda*: 51-52, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
(1942). Prehistoria de México: los olmecas y los mayas, *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala* XVIII: 9-28.

Paso y Troncoso, F. del (1892). *Catálogo de los objetos que presenta la República de México en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, 2 vols., Madrid.

Pool, Ch. (2003). Centers and Peripheries: Urbanization and Political Economy at Tres Zapotes. *Settlement Archaeology and Political Economy at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*, pp. 90–98 University of California, Los Angeles.
(2007). *Olmec Archaeology and Early Mesoamerica*. Cambridge University Press, Cambridge.
(2010). Stone Monuments and Earthen Mounds: Polity and Placemaking at Tres Zapotes, Veracruz. *The Place of Stone Monuments: Context, Use, and Meaning in Mesoamerica's Preclassic Transition* pp. 97–127, *Dumbarton Oaks*, Washington.

Pool, Ch. A. y M. L. Loughlin (2016). Tres Zapotes: The Evolution of a Resilient Polity in the Olmec Heartland of Mexico. *Beyond Collapse: Archaeological Perspectives on Resilience, Revitalization, and Transformation in Complex Societies* pp. 287–312, Southern Illinois University Press, Carbondale.

Porter, J. B. (1989). Olmec Colossal Heads as Recarved Thrones: Mutilation, Revolution, and Recarving. *RES: Anthropology and Aesthetics* 17-18: 22-29,

Preuss, K. (1913/2013). *Arte monumental prehistórico*. Clásicos de la arqueología y antropología colombiana, ICAeH, Bogotá.

Reichel Dolmatoff, G. (1972). The feline motif in prehistoric San Agustín sculpture. *The cult of the feline*, pp. 51-64, Dumbarton Oaks, Washington.
(1975). *The Shaman and the Jaguar: a Study of Narcotic Drugs among the Indians of Colombia*, Temple University Press, Philadelphia.

Reilly, F. K., (1994). Enclosed Ritual Spaces and the Watery Underworld in Formative Period Architecture: New Observations on the Function of La Venta Complex A. *Seventh Palenque Round Table*, pp. 125–135. Pre-Columbian Art Research Institute, San Francisco.
(1995). Art, Ritual, and Rulership in the Olmec World. *The Olmec World: Ritual and Rulership* pp. 27–46, Princeton University Art Museum, Princeton.
(1999). Mountains of Creation and Underworld Portals: The Ritual Function of Olmec Architecture at La Venta, Tabasco. *Mesoamerican Architecture as Cultural Symbol*. Oxford University Press, Oxford.

Saville, M. H. (1900). A votive adze of jadeite from Mexico, *Monumental Records* I: 138-140.
(1929). *Votive axes from ancient Mexico I y Votive axes from ancient Mexico II*, Indian Notes and Monographs VI, pp. 266-299 y 335-342, Museum of American Indians, New York.

Seler-Sachs, C. (1900). *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala*. Dietrich Reimer, Berlin.

(1922). Altertümer des Kanton Tuxtla im Staate Veracruz. *Festschrift Eduard Seler, dargebracht zum 70 Geburtstag*, pp. 543–568, Strecker und Schröder, Stuttgart.

Squier, R. J. (1957). Post-Olmec occupations at La Venta, Tabasco. *Bulletin of the Texas Archaeological Society* XXVIII: 111-121.

1963 A reappraisal of Olmec chronology. Ph.D. Thesis, Department of Anthropology, University of California, Berkeley.

Soustelle, J. (1979). *Les olmèques*. Arthaud, Paris.

Stirling, M. 1970 Los Olmecas, *Américas* 21-12: 22-30.

(1975). Epopeya olmeca: Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs, *Americas*, vol. 27-4: 49-50.

Stirling, M. W. (1939). Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man. *National Geographic Magazine* 76-4: 183-218.

(1940). *An initial series from Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*. Mexican Archaeology Series vol. I, no. 1, National Geographic Society, Washington.

(1940). Great stone faces of the Mexican jungle. *National Geographic Magazine* LXXVIII: 309-334.

(1941). Expedition unearths buried masterpieces of carved jade, *National Geographic Magazine* 80: 277-301.

(1942). Recientes hallazgos en La Venta. *Mayas y Olmecas, Segunda Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, pp. 56-57, México.

(1943). *Stone monuments of Southern Mexico*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 138, Smithsonian Institution, Washington.

(1943). La Venta's great stone tigers, *National Geographic Magazine* 84: 321-332.

(1946). Cultura de la región Olmeca, *México Prehispánico* pp. 293-298.

(1947). On the trail of La Venta man, *National Geographic Magazine* 91: 137-172.

- 1955 *Stone monuments of Río Chiquito, Veracruz, México*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 157, Anthropological Papers 43: 5-23, Smithsonian Institution, Washington.
- (1957). *An archaeological reconnaissance in Southeastern Mexico*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 164, Anthropological Papers 53: 213-240, Smithsonian Institution, Washington.
- (1957). Monumentos de piedra de Río Chiquito, Veracruz, México, *La palabra y el Hombre* 4: 9-28.
- (1961). The Olmecs: artists in jade, *Essays in precolumbian art and archaeology* pp. 43-59, Harvard University Press, Cambridge.
- (1965). Monumental sculpture in Southern Veracruz and Tabasco, *Handbook of Middle American Indians* 3: 716-738, University of Texas Press, Austin.
- (1968). Early history of the Olmec Problem. *Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs* pp. 1-8, Dumbarton Oaks, Washington.
- (1968). *Three sandstone monuments from La Venta island*. Contributions of the University of California Archaeological Research Facility 5: 35-39, Berkeley.
- Stirling, M. W. y M. Stirling (1942). Finding jewels of jade in the Mexican swamp. *National Geographic Magazine* 82: 635-661.
- Stewart, R. (1941). Treasure-trove of old Mexican Jade, *National Geographic Magazine* LXXX-3: 66-87.
- Stuart, G. (1993). The Carved Stela from La Mojarra, Veracruz, Mexico. *Science* 259:1700–1701.
- (1993). New Light on the Olmecs. *National Geographic Magazine* 184: 88-115.
- Taladoire, E. (2010). Melgar, Fuzier y la cabeza olmeca de Hueyapan, Veracruz. *Arqueología mexicana* 18-104: 21–25.

Taladoire, E. y A. J. C. Daniels (2009). Jean-Baptiste Fuzier y la Comisión Científica: una contribución inédita a la arqueología de Veracruz. *Arqueología mexicana* 98: 78-83.

Tello, J. C. (1942). Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas. *Actas del XXVII Congreso Internacional de Americanistas* pp. 589-720, Lima.
(1943). Discovery of the Chavin Culture in Peru. *American Antiquity* 9-1: 135-160.

Tello, J. C. y P. Miranda (1960). *Chavín: Cultural Matriz de la Civilización Andina*. Archivo Julio C. Tello de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima

Testard, J. (2023). *La fábrica del prestigio en Mesoamérica Interacciones y alteridad en el Altiplano central durante el período epiclásico (600-900 d.C.)*, Archaeopress, Oxford.

Uriarte, M. T. y R. González Lauck (2009). *Olmeca, balance y perspectivas, memoria de la primera mesa redonda olmeca*, 2 vols, Inah, México.

Valentini, Ph. J. J. (1882-83). The Olmecas and the Toltecas: a study in early Mexican ethnology and history, *Proceedings of the American Antiquarian Society* II: 193-230.

Washington, H. S. (1922). The Jade of the Tuxtla Statuette. *Proceedings of the U. S. National Museum* 60-14:1-12.
1928 The testimony of the jades. *Scientific American* CXXXV, pp. 94-95.

Weiant, C. W. (1943). *An introduction to the ceramics of Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 139, Smithsonian Institution, Washington.

Weyerstall, A. (1932). *Some observations on indian mounds, idols and pottery in the Lower Papaloapan Basin, State of Veracruz, Mexico*. Middle American Research Series, pp. 23-69, Tulane University, New Orleans.